ANDRÉS FERREYRA

Mi Patria

BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y CIA - EDITORES
466 - CALLE BOLÍVAR - 466
1917

LL
1917
FER

Biblioteca Nacional de Maestros

BB A 73 3

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

PERTENECIÓ A PABLO A. PIZZURNO

Es propiedad de los Editores, quienes la ponen bajo el amparo de la Ley N.º 7092

Biblioteca Nacional de Maestros

ANDRÉS FERREYRA
PROFESOR NORMAL, EX INSPECTOR TÉCNICO GENERAL DE ENSEÑANZA PRIMARIA, CATEDRÁTICO DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA, OFICIAL DE ACADEMIA

MI PATRIA

LIBRO DE LECTURA

BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y CÍA.—EDITORES
466—Calle Bolivar—466
1917

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS
Biblioteca Nacional de Maestros

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El Nene.—Carteles de Lectura e Instrucciones.
» Método de Lectura y Escritura, 1.er libro
(en colaboración) 2.º »
» » 3.er »
Curso completo de Idioma Nacional para la enseñanza primaria.
Curso completo de Idioma Nacional para la enseñanza secundaria.
El Polígrafo Argentino (en colaboración).
Geometría Inventiva » »
Las Aventuras de un Niño, 1.ª parte
» » » 2.ª »
El Cálculo Infantil (en colaboración).
Método de Caligrafía Inventiva e Instrucciones.
El Arte de Estudiar y Enseñar las Lenguas.—(Traducción del Francés).
Mi Hogar.

EN PRENSA

Mi Ley.

Biblioteca Nacional de Maestros

MI PATRIA

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

PRÓLOGO

El libro **Mi Hogar,** *de que soy autor, es el precedente lógico, concebido dentro de cierta unidad pedagógica, de esta obra, que lleva por título* **Mi Patria,** *y éste a su turno, de otro, en preparación, que se denominará* **Mi Ley.**

La finalidad de estos tres libros está claramente sintetizada en el prólogo del primero: eminentemente educadora y afectiva, no busca invadir el terreno de la instrucción formal, sino exaltar el sentimiento de familia, el de patriotismo consciente y el de ley, como aspiración suprema de justicia, democracia y civilización.

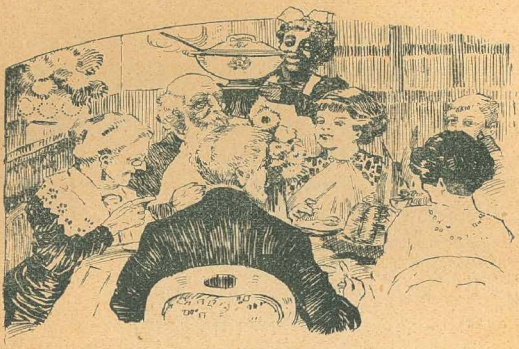
He procurado que sean una prolongación viviente de la vida del hogar trasuntada, a la nacionalidad y al régimen político.

Séanle propicios los manes argentinos.

El Autor.

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros



LAS VELADAS DOMÉSTICAS

Invariablemente se comía en nuestra casa a las 6 p. m. en verano y a las 7 en invierno. La puntualidad era la norma.

Discretas palmadas que daba mamá o mi hermana María Inés anunciaban que, sobre el blanco mantel de la mesa, la humeante sopera esperaba los honores de nuestro apetito, y por todas las puertas concurríamos los miembros de la familia al comedor y ocupábamos nuestros asientos respectivos cuando se había sentado la gente mayor de la casa: nuestros abuelos, padres, tíos o personas amigas invitadas a comer.

Biblioteca Nacional de Maestros

Nuestros venerables abuelos se turnaban después de la comida para hacer votos al cielo por la suerte de la familia y de la Patria. Con candorosa unción alzaban su arrugada frente y pedían a Dios: "lluvias para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes y bendiciones del cielo para nuestro hogar."

Al bajar al sepulcro nuestros abuelos, mi padre continuó oficiando aquella oración toda la vida, después de las comidas, y nosotros, a fuerza de oirla, la repetíamos mentalmente con sobrecogimiento respetuoso.

Los días de lluvia o de frío y aun aquellos en que, después de comer no se desbandaba la familia para ir a alguna tertulia, fiesta o conferencia, antes de que nosotros nos entregásemos a preparar los deberes escolares para el día siguiente, nuestros abuelos, padres o tíos nos entretenían con interesantes relatos de que habían sido testigos presenciales o actores durante su larga existencia. A eso llamábamos nosotros *Las veladas domésticas* y siempre nos parecieron el postre más sabroso, a tal punto, que nunca faltó uno entre nosotros que no dijera después de co-

Biblioteca Nacional de Maestros

mer: *Abuelito, cuéntenos algo de las invasiones inglesas; díganos cómo fué la Revolución de Mayo. ¿Abuelita: usted conoció a Manuela Pedraza? ¿Usted dió también sus alhajas a San Martín para la guerra de la Independencia? Papá: ¿por qué no nos refiere uno de sus viajes esta noche?*; y así, por el estilo, cargábamos el afecto de nuestros mayores, obligándoles a repetirnos varias veces los mismos sucesos, hasta saberlos de memoria.

De estas veladas ha salido este libro, en que han colaborado todos mis hermanos vivos: son relatos tradicionales, punteados con los libros de nuestros más acreditados autores nacionales.

José María.

CÓMO EMPEZÓ ABUELITO

En los diarios de la mañana aparecieron en los primeros días de Agosto varias noticias referentes a las invasiones inglesas, anunciando grandes festejos para celebrar el aniversario de la Reconquista, el 12 del mismo mes.

Desde que nos enteramos en casa de ellas, comenzamos a importunar a nuestros abuelos

Biblioteca Nacional de Maestros

con el asunto y pedirles que nos refiriesen lo que seguramente sabían de aquel acontecimiento, en el que por la edad suponíamos habían tomado parte, sino como soldados como niños, pues ya sabíamos que hasta las mujeres y los ancianos habían actuado con heroísmo en aquella jornada histórica.

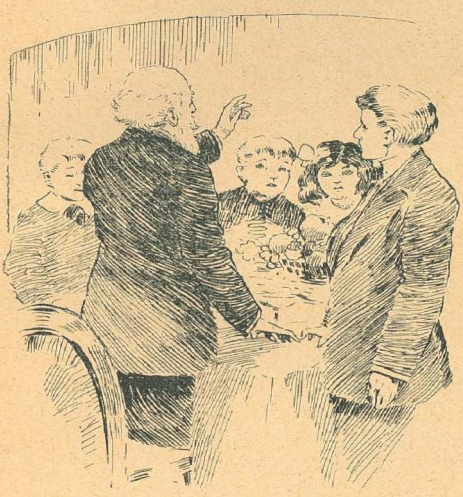
El día 11 de Agosto mi abuelo, con gran alegría nuestra, rompió el silencio después de la comida y comenzó su relato de este modo:

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA PRIMERA

HABLA MI ABUELITO

Hace días que venís pidiéndome que os hable de las invasiones inglesas al territo-



rio que forma nuestra Patria y que en aquel tiempo pertenecía a la soberanía española,

Biblioteca Nacional de Maestros

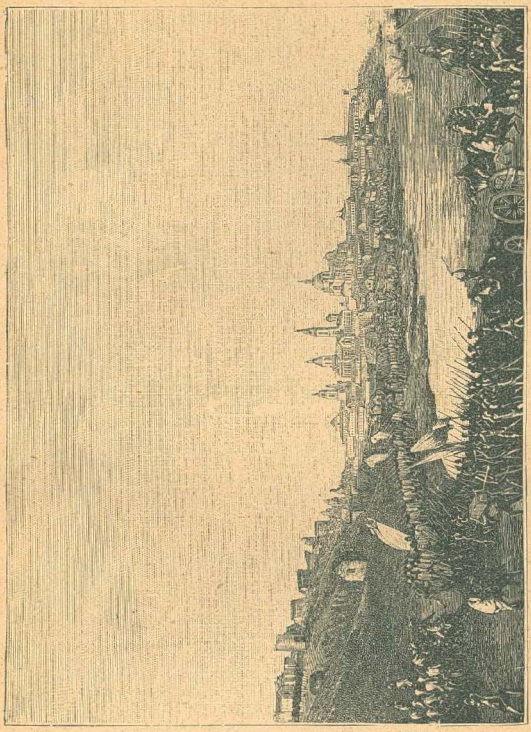
por derecho de conquista y colonización. Voy a complaceros desde esta noche.

Como las cosas que os he de contar son muchas y a mi edad se fatiga uno pronto, ni esperéis que os lo diga todo hoy mismo, ni me exijáis que satisfaga vuestra legítima curiosidad todos los días. Con más de cien años a cuestas que llevo, bien comprenderéis que no siempre estoy de humor, ni con la memoria necesaria para acordarme de todos los sucesos que presencié o me refirieron en la niñez, y no quisiera haceros relatos incompletos o faltos de verdad.

El asunto sobre el que voy a hablaros tiene para mí tanta importancia en la Argentina, como la misma Revolución de Mayo o la Independencia, como que en ese tiempo de las invasiones, los criollos de entonces empezamos a sentir, a comprender y a querer ser amos y señores exclusivos de esta tierra que nos había visto nacer y en la que éramos simples pupilos de la madre patria, gobernados y dirigidos por los hombres nacidos en España.

Nadie puede asegurar que hubiéramos llegado a ser independientes, si no se les ocurre a esos *pícaros ingleses*, como se decía

Biblioteca Nacional de Maestros



Invasiones de las tropas inglesas, en 1806

Biblioteca Nacional de Maestros

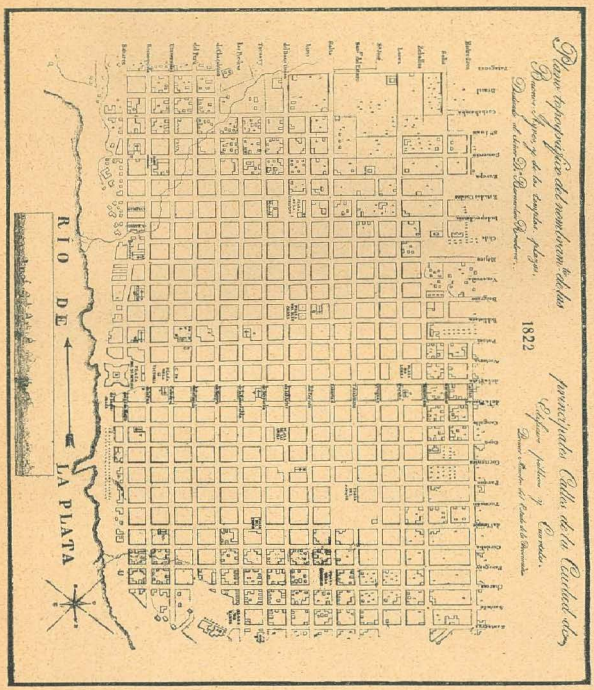
entonces, meterse en nuestra tierra en son de conquista y despertar en los nativos el sentimiento y la conciencia de nuestra fuerza, ardimiento y capacidad para el gobierno propio.

En vez de llamarles *pícaros* me parece más bien que debiéramos agradecerles la visita guerrera, que nos enseñó a medirnos con fuerzas superiores en número, en pericia militar y en armamentos y nos abrió los ojos respecto a ideas de libertad, de industria y de comercio.

Era de ver, hijos míos, el atraso en que se encontraba, en tiempo del virrey Sobremonte, la colonia del Río de la Plata, que entonces comprendía también a la República Oriental, en cuya capital, Montevideo, había un gobernador, dependiente del virrey, cuando los ingleses se presentaron a conquistar nuestra tierra.

Las calles de la ciudad de Buenos Aires eran hondas y fangosas; sus edificios tanto públicos como particulares sin plan alguno ni pretensión de arquitectura. Todos tenían la forma de rancho, con un solo piso, de techo bajito, cubierto de yuyales y arbustos. Lo único que les daba alguna anima-

Biblioteca Nacional de Maestros



Biblioteca Nacional de Maestros

ción eran las ventanas de rejas voladas al frente, en las que las muchachas de la casa se acomodaban el día entero, ocupadas en coser o bordar, alegrando el barrio, con sus costumbres candorosas e inocentes de verdaderas aldeanas.

La ciudad se acababa, pasando de Cangallo al Norte, México al Sur y Salta y Libertad al Oeste.

Muchos años después desde la calle de Viamonte y Florida hasta el Retiro crecían tunas y zarzamoras, y la plaza Lavalle era en la época de Rozas el basurero de la población.

En ese perímetro empezaba, entre charcas y lodazales, la región de las quintas, los suburbios solitarios, las paredes y tapias de barro, los ranchos miserables de los mendigos y los de las gentes temibles y de mala vida.

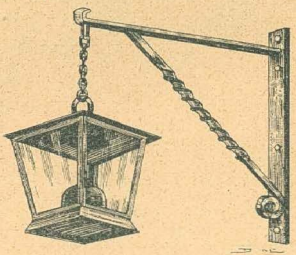
Como la ciudad no estaba nivelada, las calles se presentaban en cuestas y declives, y todas las lluvias que no iban a los zanjones (o *terceros* como se les llamaba) quedaban encharcadas en las calles formando inmensos pantanos. En algunos tenían que poner centinelas, pues más de un paisano se ahogó al quererlos atravesar.

Biblioteca Nacional de Maestros

Habia que ver los carretones, que venían cargados del interior, enterrados hasta el eje en aquellos barrizales, pasarse días enteros sin poder zafarse del fango. Nosotros, cuando éramos muchachos, nos sentábamos horas enteras en el borde de las altas veredas, esperando como las gaviotas, que salieran las carretas para recoger el maní, algarrobas o pasas que dejaban por tierra en los barquinazos que pegaban.

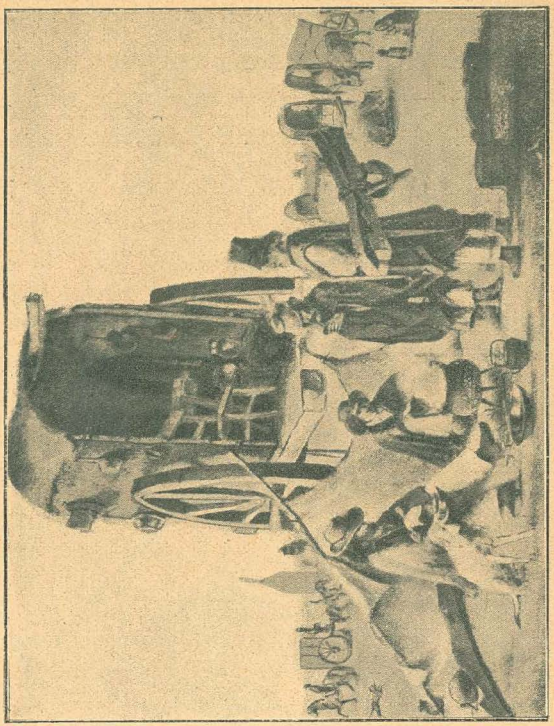
Y los terceros que llevaban las aguas llovidas al río se atravesaban por medio de tablones de una vereda a otra. ¡Cómo cimbraban! pasaba uno con la vida en un hilo por ellos, sobre todo en los días de tormenta, cuando crecían los terceros. ¡Qué tiempos, hijos míos, aquellos!

Las calles se alumbraban a velas de sebo colocadas en farolitos cuyos vidrios estaban empañados de humo y las familias que querían salir de noche, llevaban por delante un negrillo esclavo



Un farol colonial.

Biblioteca Nacional de Maestros

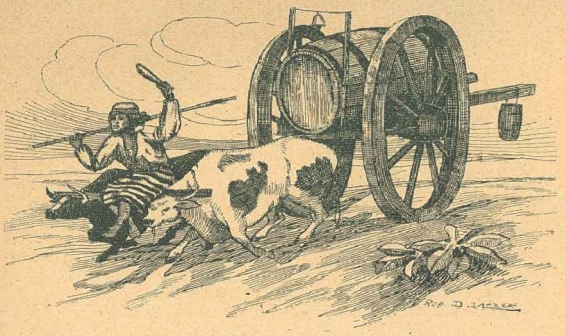


Antiguo carretón.

Biblioteca Nacional de Maestros

que les alumbraba el paso. Eso lo hacían las gentes pudientes; los demás, o no se aventuraban sino las noches de luna, o corrían el riesgo de empantanarse o ser asaltados por perros bravos o por bandidos.

Como el alumbrado, era el agua: agua de pozo muy mala, y menos mala cuando la casa tenía techo de teja y sus habitantes juntaban la de lluvia para beber y lavarse.



Un aguatero.

De allí nació el oficio de *aguatero*, que traía agua del río a domicilio en pipones cargados en carretas de altas ruedas tiradas por bueyes, la que despachaban a los

Biblioteca Nacional de Maestros

marchantes en baldes de madera, que se llamaban *canecas*.

Hasta el año de 1822 no se conoció la primera lechería en Buenos Aires; la provisión de este artículo era hecha por muchachos sucios y harapientos que la traían a caballo desde los tambos vecinos, o por mujeres cubiertas con un poncho y un sombrero rotosos.

Un lechero.

Ya os imaginaréis qué limpieza tendría la leche, sobre todo cuando le agregaban agua sucia y barrosa del río, para reponer la que se tomaban por el camino o aumentar su cantidad. ¡Una vez encontraron en casa, en el tarro, varios renacuajos y pescaditos!

La playa del río o el *bajo*, como se llamaba, era un depósito permanente de basuras, pescados en descomposición y animales muertos; la costa, llena de pozos, que llenaban de

Biblioteca Nacional de Maestros

agua las crecientes del río y de toscas cubiertas de verdín, donde se instalaban a su gusto las lavanderas. En esos pozos solíamos ir los chicos a pescar cuando se retiraban las aguas.

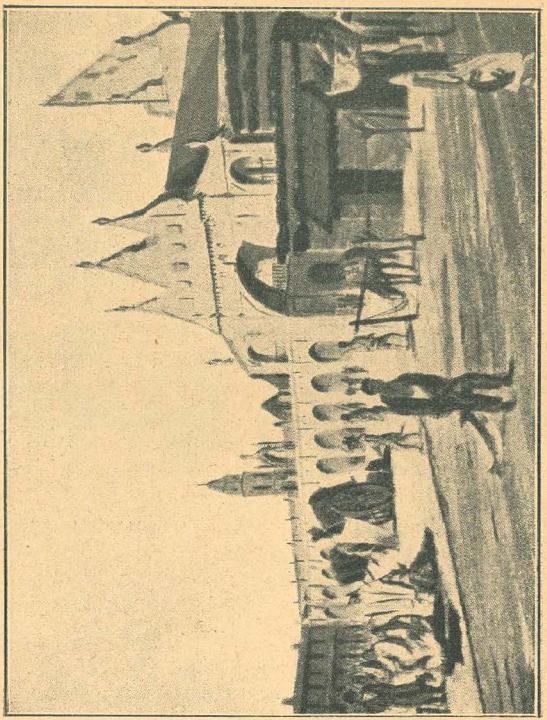
¿Qué buque de mediano calado, no más, podía arrimarse a sitios tan peligrosos?

Tenían que desembarcar su carga y pasajeros en un lanchón muy lejos de la costa, con grandes peligros y precauciones cuando había oleaje, y de ella eran transbordados a un carretón de altas ruedas que esperaba dentro del agua y los trasladaba a la costa.

Sobre la barranca se alzaba una serie de casuchas mal cuidadas y el Fuerte, y el espacio comprendido hoy por las calles de 25 de Mayo, Victoria, Bolívar y Rivadavia estaba dividido en dos plazas por medio de la Recova Vieja, que era una hilera de piezas con soportales en que las negras vendían pasteles y se ofrecían en venta al público la carne, pescado y otros artículos de consumo.

Frente a la Recova estaba el Cabildo y entre éste y aquélla se extendía la plaza Mayor, que después de las invasiones inglesas se llamó de la Victoria, en conme-

Biblioteca Nacional de Maestros



Plaza 25 de Mayo y Recova Vieja.

Biblioteca Nacional de Maestros

moración de los gloriosos triunfos obtenidos por el vecindario de Buenos Aires sobre los ingleses en 1806 y 1807.

La plaza de la Victoria era una enorme charca cuando llovía, debido al tránsito de las carretas.

Sin árboles, ni adornos de clase alguna, sin luz, ¿quién diablo se animaba a cruzarla de noche?

Las casas que la rodeaban eran chatas, de gruesas paredes, lisas y con pequeñas aberturas por donde entraba escasa luz y ventilación.

Tal era la ciudad de Buenos Aires cuando se les ocurrió a los ingleses venir a conquistar nuestro territorio, o sea la colonia española del Río de la Plata.

Pero dejemos, hijos míos, por esta noche, el relato, porque abuelito tiene ganas de hacer *nono*. Un besito en la frente de este viejo y hasta mañana, si Dios quiere.

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA SEGUNDA

HABLA MI ABUELITO

Ya os dije el estado en que se hallaba la ciudad de Buenos Aires cuando los ingleses invadieron nuestro país, pero para que podáis apreciar debidamente el valor e importancia de aquel acontecimiento y su influencia decisiva en el desarrollo de nuestra nacionalidad, debo ante todo haceros conocer algunos antecedentes más, que aclararán la actuación que ingleses, españoles y criollos tuvieron en esa circunstancia histórica.

Buenos Aires tenía entonces unos 70.000 habitantes y más de 300 buques de comercio se presentaban anualmente en sus puertos; sólo con el Perú, tenía un cambio de 18.000.000 de pesos en mercaderías que entraban por ellos o se producían aquí. Exportábamos un millón de cueros al año y en nuestros almacenes había depositados cuarenta mil tercios de yerba, un millón de libras de tabaco, sin contar el algodón, las maderas, carnes, pieles, lanas, harinas,

Biblioteca Nacional de Maestros

y otros productos de sus campos e industrias. En ese tiempo ya no había ningún puerto mercante en el mundo que no conociera nuestros frutos y nuestro nombre comercial.

Vivíamos en una paz completa dentro del país, y atraídos por nuestra creciente riqueza llegaban constantemente a nuestras playas muchos españoles, portugueses e italianos naturalizados.

Del Alto Perú las personas, los productos y los caudales llegaban a Buenos Aires, debido a su favorable situación y progreso económico.

Salta, Tucumán y Córdoba, eran verdaderos centros de cultura y animación comercial.

Biblioteca Nacional de Maestros

En Cuyo, la agricultura tenía un vigor excepcional y las provincias de San Juan y Mendoza se destacaban por el cultivo de viñas y cereales.

Había también grandes centros de cultura y sabios dedicados a la enseñanza y a las ciencias; tales eran la Academia de Náutica, los Colegios de San Carlos y de Montserrat, las Universidades de Córdoba, Chuquisaca y de Chile, donde nuestros compatriotas acudían a instruirse en los altos estudios.

La población se componía de europeos, comerciantes al menudeo en relación con los grandes comerciantes de Cádiz, de españoles empleados en la administración pública nombrados directamente en Madrid, y la gran multitud, el pueblo, compuesto en su mayoría de criollos.

Todas las familias criollas eran por lo general propietarias por lo menos de un cuarto de manzana; todas tenían mesa puesta y techo heredado de padres a hijos y pocas eran las que se dedicaban a tareas serviles y vivíamos todos en una felicidad relativa.

Los únicos que no eran propietarios eran los negros africanos reducidos a la infame

Biblioteca Nacional de Maestros

condición de la esclavitud, aunque muy atenuada debido a la naturaleza de nuestro suelo y a las ocupaciones ganaderas. Los negros eran simples ayudantes en los trabajos agrícolas y pastoriles, y considerados

Negrito servidor de mate.

como parte integrante de la familia, gozaban de una extraordinaria libertad y buen trato.

En la ciudad, los negros criollos gozaban aún de mayores ventajas: los ricos, los pobres y hasta los mismos negros tenían esclavos, pero casi todos trabajaban en libertad a condición de pagar un tributo mensual a

Biblioteca Nacional de Maestros

su amo. Generalmente quedaban al comprar su libertad unidos por el afecto y lealtad a sus patronos. De manera, que aunque esclavos, estaban vinculados a la Patria y a las autoridades casi como ciudadanos.

Los mulatos eran los hijos de blanco y negra o viceversa, y éstos tenían la misma viveza física e intelectual que los criollos.

También había en la población de Buenos Aires otro grupo importante: el de los chinos, o sea mestizos de indio y español.

Este conjunto de nacidos en la tierra se denominaba hijos del país o criollos y con ese nombre se iban separando cada vez más y diferenciándose del elemento europeo de la población, aunque eso no significase todavía la idea de otra nacionalidad.

Todos amaban el país, donde eran felices y prosperaban, y por su vigor físico y sus cualidades de firmeza, vivacidad en el manejo de las armas y amor entusiasta a la bandera, que entonces era la española, se hallaban en condiciones de hacerle pasar un mal rato al ejército inglés, como efectivamente sucedió.

Los ingleses que invadieron el Río de la Plata, contaron con esa antipatía o antago-

Biblioteca Nacional de Maestros

nismo entre criollos y europeos para asegurarse un fuerte partido entre el elemento criollo, pero éstos estaban lejos todavía de pensar en independizarse y hacer causa común con los ingleses. Estábamos muy cómodos en nuestra casa y antes que aceptar un invasor de costumbres, lengua y raza diferentes, preferimos todos, criollos y europeos, refundirnos en un mismo sentimiento de protesta armada contra la invasión extranjera.

Es claro que a nosotros nos tiraba más la defensa de la tierra que a los europeos; ellos, al fin y al cabo, defendían sus tradiciones, sus costumbres y su posición de gobernantes y nosotros amparábamos el suelo natal.

Las promesas y halagos que nos hizo en bellas proclamas el conquistador, nos entraban por un oído y salían por el otro; algunas, casi eran tomadas como insultos u ofensas a nuestra nacionalidad.

Lo que menos se pensaba en Montevideo y Buenos Aires era un ataque a nuestra colonia por parte de los ingleses, y según se ha averiguado después, la misma Inglaterra no había ordenado francamente al co-

Biblioteca Nacional de Maestros

modoro Sir Home Pópham que trajese una invasión.

El comodoro creyó propicia la oportunidad y consiguió que el general Baird le diera 1.600 soldados al mando del mayor general Beresford, los puso a bordo de sus buques y en 1806 apareció con ellos frente a la costa oriental, alarmando, como era natural, al gobernador de Montevideo don Pascual Ruiz Huidobro, quien, por propia maniobra, viendo que el virrey Sobremonte no daba crédito a sus avisos, mandó practicar un reconocimiento al obscurecer, y el comisionado, piloto don José de la Peña, informó al virrey que andaban en el río tres navíos grandes, otro menor, una corbeta y dos bergantines que lo habían perseguido obligándole a refugiarse en La Ensenada; y después resultaron ser buques en mayor número que constituían una respetable escuadra y que entre los 1.600 soldados que la tripulaban venían los del

Sir Home Pópham.

Biblioteca Nacional de Maestros

Regimiento 71, famosos escoceses que se habían medido en formidables acciones de guerra sin haber sido jamás derrotados.

Esta escuadra se dirigió a Quilmes, y en su costa comenzó el desembarco de sus tropas.

El virrey, por cobardía o ineptitud, se encontró desarmado, cuando un militar le fué a avisar en el teatro, que los ingleses entraban por el Sur de Buenos Aires, y en esta circunstancia, en lugar de levantar el vecindario y parapetarlo en las azoteas, paredones y fosos, concentrándolo en el Fuerte para rechazar al enemigo dentro de la misma ciudad, se le ocurrió mandar unos pelotones de *Blandengues* y campesinos a caballo al mando de don Pedro Arce a contener el avance de tropas aguerridas y disciplinadas.

Los días 25 y 26 de Junio fueron días de desembarco para los ingleses, operación que hicieron con toda comodidad protegidos por la artillería ligera que habían atracado en lanchas a la costa y en presencia de nuestros paisanos, quienes, con pocas armas de fuego, eran impotentes para contrarrestar su avance por el bañado de Quilmes.

Biblioteca Nacional de Maestros

Arce tuvo que dispersarse con su gente por la campaña, una vez que el invasor había dominado las barrancas del río y dejarle algunas piezas de cañón.

Cuando los ingleses descansaron en la ranchería de Quilmes un par de horas, comenzaron su marcha hacia Buenos Aires, para atravesar el Riachuelo.

Mientras tanto el inepto virrey se había estacionado con dos o tres mil hombres armados de cualquier modo en la *Convalecencia*, en disposición de huir del enemigo en vez de darle un ataque de frente.

Esta gente desarmada se había agrupado espontáneamente frente a la Fortaleza, buscando armas y dirección para salir al encuentro del enemigo.

Sobremonte destacó mil ciudadanos para que ocuparan el edificio de Marcó, y cubriesen el frente de los terrenos y las barrancas de Lezama (terminación de la calle Defensa).

La orden de quemar el puente de Barracas se hizo en desorden, y el enemigo pudo parapetarse en el ranchería y atravesar el Riachuelo en botes y canoas abandonadas por los soldados de Sobremonte.

Cortada, arrollada y batida por frente y

Biblioteca Nacional de Maestros

flancos aquella fuerza bisoña, aunque impetuosa, dejó franca la entrada de la ciudad.

Los ingleses se concentraron y tomaron el edificio de Gálvez, asegurando por el avance de la artillería las dos márgenes del Riachuelo, y el día 27 de Junio, temprano, formando dos columnas, entraron por las calles de la ciudad, en dirección al Fuerte, sin que nadie les estorbara el paso.

Sobremonte.

Sobremonte había inutilizado el esfuerzo de aquellos entusiastas ciudadanos y huyó cobardemente a caballo, refugiándose en la estancia de Monte Castro, cerca de Morón.

¡Cuán de buena gana ese día todos nosotros, cuatro o cinco mil hombres, hubiéramos escalado las azoteas, balcones e igle-

Biblioteca Nacional de Maestros

sias, para impedir la entrada a los ingleses hasta el Fuerte!

Pero nadie sabía dónde estaban las armas, municiones y otros medios indispensables de defensa; aquello era un alboroto y confusión indescriptibles y mientras tanto el invasor se acercaba a la plaza e intimaba la rendición. ¿Qüé desconsuelo, qué pena, hijos míos, cuando vimos arriar del Fuerte nuestra bandera y flamear en su lugar la del ejército enemigo!

Entregada la plaza, Beresford se proclamó encargado del gobierno en nombre del rey de Inglaterra, nos hizo grandes promesas de libertad y respeto por las instituciones establecidas en esta tierra, y mandó devolver las cajas de Tesorería que contenían un millón de pesos fuertes y que se habían llevado a la campaña para ponerlas en seguridad.

Esa noche nos acostamos rabiosos de coraje, y ahora mismo, que me acuerdo, me dan ganas de terminar este relato. Ya vais a ver cómo le hicimos pagar cara su audacia y atrevimiento a Beresford. Buenas noches.

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA TERCERA

CONTINÚA HABLANDO MI ABUELITO

La importancia que había obtenido Buenos Aires, su población de 60 a 70.000 almas, la conciencia de su poder económico y de su nacionalidad viril, no eran ya como para que un ejército de 1.600 hombres por más aguerridos y militarizados que estuvieran, la tomaran por sorpresa y se quedaran con ella. ¡Cualquier día!

El virrey Sobremonte había hecho un gran papelón mostrando su ineptitud y cobardía, y Sir Home Pópham, había cometido un atropello, sin orden expresa de su gobierno y desconociendo en absoluto la ciudad con que tenía que entendérselas.

Fué inútil que aboliese el monopolio comercial y que protegiese el comercio de los criollos.

Ante todo estaba la nacionalidad, la lengua, las costumbres y el derecho a la soberanía territorial, que ya se habían despertado en nuestros espíritus.

Desde el día siguiente empezaron a bullir

Biblioteca Nacional de Maestros

en nuestros corazones los proyectos más descabellados de volar con minas el cuartel de las fuerzas inglesas y el Fuerte, donde se hallaba Beresford y sus altos oficiales.

Andábamos por la Ranchería (como se llamaba entonces a lo que después fué Mercado del Centro), donde tenían sus ranchos las negradas de los Jesuítas, dando vueltas más de cuatrocientos o quinientos, entre adultos y jóvenes, armados, esperando ver saltar las minas, para completar, aunque fuese a cuchillo, la destrucción del ejército inglés.

Felizmente esos proyectos no pasaron de una quimera, y bien pronto el sano juicio dominó nuestros espíritus y vimos que lo que se necesitaba era un jefe de acción, prestigioso y con los conocimientos necesarios para llevarnos a la victoria, economizándonos golpes desesperados, rodearlo mucha gente para que pudiese hacer salir a Beresford del Fuerte y que el pueblo entero le cayese por retaguardia cuando intentase retornar a él.

Esto lo comprendió así un hombre al que el dedo del destino había señalado para convertirlo en héroe de la Reconquis-

Biblioteca Nacional de Maestros

ta de Buenos Aires e ídolo del pueblo. Fué don Santiago Liniers, francés de nacimiento, al servicio de España, hombre de relevantes antecedentes, que en ese momento era comandante de navío y comandante militar del puerto de la Ensenada.

Santiago Liniers.

Liniers penetró en Buenos Aires a escondidas, se informó minuciosamente de las fuerzas enemigas, del estado de ánimo del pueblo y de los recursos de que podía echarse mano para reconquistar el país.

Biblioteca Nacional de Maestros

Pronto convenció a los exaltados que querían hacer volar la ciudad y adoptar otras medidas extremas, de la conveniencia de reunir un cuerpo de milicias bastante fuerte para obligar a Beresford a presentar un combate en campo abierto o atrincherarse en el Fuerte.

Con este objeto se escapó una noche de la Capital y llegó a La Colonia, para ponerse desde allí al habla con el gobernador de Montevideo y pedirle, como plaza dependiente y de segundo orden de la Corona española, que enviase socorros para reconquistar la ciudad invadida.

En Montevideo no se habían dormido tampoco; cuando se conoció allí la caída de Buenos Aires, comenzaron las autoridades a recolectar fondos y a organizar milicias; de modo, que al recibirse la comunicación de Liniers y los datos detallados que suministraba sobre el estado de la plaza, se le dió orden de pasar a Montevideo a conferenciar con el Cabildo y con la Junta de Guerra.

Huidobro debía quedar a la expectativa de lo que intentara el comodoro Pópham contra Montevideo, y a las órdenes de Li-

Biblioteca Nacional de Maestros

niers se puso una fuerza de 700 hombres aproximadamente con los que salió de Montevideo el 1.º de Agosto.

Mientras tanto, el patriotismo así de criollos como de españoles había exaltado los ánimos en Buenos Aires y puesto a contribución el bolsillo de los ciudadanos acaudalados, como don Juan Martín de Pueyrredón, don Martín de Álzaga y otros ricos propietarios de la ciudad, con cuya ayuda pecuniaria Pueyrredón y muchos otros jóvenes y militares habían hecho campamento en el caserío de Perdriel, a tres leguas de la ciudad, para reclutar y militarizar gente.

Escasos aun de armas y sin organización todavía estos jóvenes patriotas, fueron atacados por Beresford y dispersados, yendo a reunirse con Liniers que llegaba de Montevideo y al que sirvieron admirablemente con sus caballerías, como vanguardia exploradora. Beresford tuvo que replegarse sobre el Fuerte, de donde no pudo salir con su artillería a campaña debido a un fuerte temporal, lo que dió tiempo a Liniers para llegar hasta los Corrales de Miserere el día 10 de Agosto con cerca de 2.000 hombres.

El pueblo en masa se había lanzado a las

Biblioteca Nacional de Maestros

calles como una ola inmensa; hombres, ancianos, mujeres y niños, armados de todas armas y dispuestos a secundar al ejército de la Reconquista, que ya estaba en las puertas de la ciudad. ¿Cómo atropellar en medio de las calles ese gentío, esa masa sin movimiento, defendida por un ejército regular de 2.000 soldados más o menos listos, pero inflamados por el sentimiento del despecho y el amor a su Patria? ¿Cómo desconocer aquella lección de bravura que daban los ancianos, las mujeres y los niños, corriendo de un lado a otro llevando municiones, fusiles, provisiones y auxilios a los heridos?

Liniers se sintió soberano de la situación ante ese pueblo capitaneado por jóvenes valerosos, como Viamonte y otros, que salían a recibirle a los suburbios y que estaban dispuestos a voltear cercos, cargar al hombro los cañones, cortar zarzales y cegar fosos y pantanos con troncos de árboles para que el ejército libertador pudiese penetrar en el recinto fortificado del Retiro.

Esa posición fué tomada a la bayoneta en medio del entusiasmo y las aclamaciones populares, antes de las cuatro de la tarde.

Biblioteca Nacional de Maestros

Las fuerzas que la defendían se refugiaron en la plaza Mayor.

¡Bien se habían ganado el pueblo y nuestras tropas una noche de descanso después de esa jornada! Y así que hubo organizado Liniers sus milicias, fortificado y atrincherado las sendas que llevaban al Retiro, y las azoteas centrales, vivaquearon y descansaron las tropas el día 11 para coronarse de gloria al día siguiente.

Como veis, hijos míos, no es el caso de que me rinda el sueño; aun me hierve la sangre cuando me acuerdo de aquella jornada de heroísmos.

Voy a terminar, pues, este relato, lo más brevemente posible porque ya es hora de que no abuse de mi edad.

Tempranito ya pudieron ver los ingleses lo que les aguardaba, porque las bocacalles que daban a la plaza y las esquinas tanto centrales como laterales, eran asediadas por gentes que cruzaban y que trepaban a las azoteas de los alrededores.

La acción se empeñó en las calles inmediatas a la plaza, yendo Liniers en persona al frente de sus soldados.

Un nutrido fuego se abrió al mismo tiempo

Biblioteca Nacional de Maestros

por todas partes sobre el reducto de la plaza, y cuando las calles que a ella conducen quedaron desiertas, todo el pueblo se precipitó al centro empujando cañones y acribillando al ejército inglés.

Beresford comprendió que podía producir una carnicería horrible despejando a la multitud con los cañones del Fuerte, pero no hubiera hecho sino exasperar a los asaltantes, pues estaba incomunicado con la escuadra.

Resolvió, pues, refugiarse en el Fuerte e izar la bandera de parlamento para capitular.

¡Qué gritería, hijos míos, cuando el pueblo vió aquella insignia enarbolada!

No poco trabajo les costó a los del Fuerte impedir que entrase todo el pueblo detrás del parlamentario que mandó Liniers, y que fué el joven Hilarión de la Quintana.

El general inglés quiso obtener algunas ventajas y demoras, pero fué inútil; todo cuanto se acordó al ejército invasor fué salir con los honores de la guerra entre dos filas de pueblo, detenidas en su ardimiento por nuestros soldados, para ir a depositar sus armas y banderas ante nuestro ejército formado a lo largo del Cabildo.

Biblioteca Nacional de Maestros

Entrega del Fuerte.

Biblioteca Nacional de Maestros

Hemos visto a aquellos famosos escoceses del *Regimiento 71*, con los rostros quemados por el sol de las campañas de África, dejar rodar furtivas lágrimas de coraje al sentirse derrotados por primera vez de su vida, por un pueblo bisoño.

Inmediatamente se izó de nuevo en el Fuerte y demás dependencias públicas, la bandera española.

Aquella insignia de honor y de victoria, tremolando de nuevo en los aires, satisfizo ese día todas las exigencias de nuestro sacrificio y patriotismo: pero desde ese instante el hijo de esta tierra sintió en su alma una vida nueva, un nuevo temple y, la convicción de que tenía derecho a emanciparse y hacer flamear en el Fuerte la enseña propia de una nueva nacionalidad sobre la Tierra.

—¡Pero, diga, abuelito, los ingleses no escarmentaron con esta primera invasión, porque, según hemos visto en los diarios, nos volvieron a visitar en son de conquista en 1807.

—Es verdad, hijo mío, pero ya el pueblo, con la conciencia de su fuerza y de su derecho, estaba preparado no sólo para

Biblioteca Nacional de Maestros

recibirlos sino para no sufrir ninguna dominación europea, como os lo diré alguna vez si Dios me conserva la vida. Hasta mañana. Los besos sonaron en la estancia, como de costumbre.

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA CUARTA

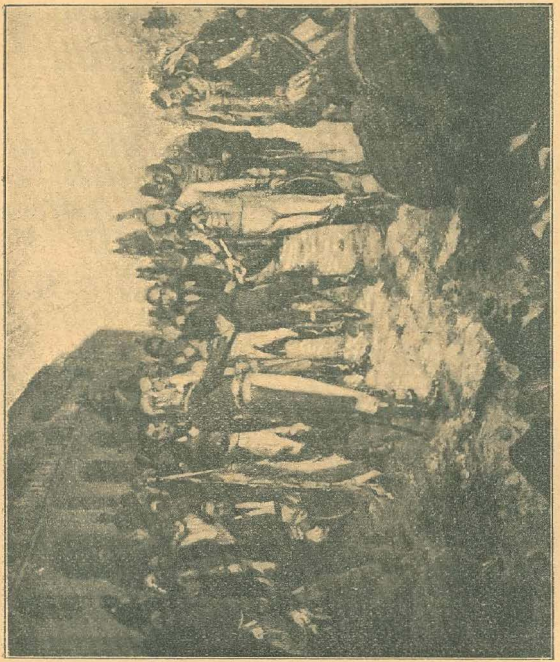
HABLA MI PADRE

Papá viejo no os ha referido anoche dos episodios interesantes de la primera invasión inglesa; porque vi que estaba cansado, yo voy a contarles esta noche en breves palabras otro de Pueyrredón.

Pueyrredón.

Recordaréis que Pueyrredón organizaba el reclutamiento de milicias en el campamento de Perdriel para reconquistar a Bue-

Biblioteca Nacional de Maestros



Reconquista de Buenos Aires en 1806.

Biblioteca Nacional de Maestros

nos Aires, al mismo tiempo que Liniers había ido a buscar socorros a Montevideo y que los jóvenes patriotas fueron atacados por las fuerzas del invasor y dispersadas sus caballerías.

Pues, bien: en esta jornada rodó muerto el caballo de Pueyrredón y el jinete cayó en poder de los enemigos, quienes se hallaban dispuestos a ultimarlo cuando un gaucho a caballo saltó por encima del grupo, recoge en ancas al jefe criollo y desaparece con el prisionero en la misma forma que había venido, dejándolos burlados y atónitos.

Tampoco os dijo abuelito, que el pueblo victorioso hizo irrupción en la plazoleta del Fuerte. Dominado ya el valiente Beresford, apareció por un ángulo del parapeto después de haber parlamentado con don Hilarión de la Quintana, desciñéndose el sable. A pocos pasos de los muros exteriores hallábase Liniers, ante quien fué conducido el que más tarde se cubriera de gloria en España y Portugal a las órdenes de Wéllington; devolviéndole Liniers la espada, estrechóle en sus brazos con expresiones caballerescas.

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA QUINTA

CONTINÚA HABLANDO ABUELITO

Sobremonte había huído cobardemente, el pueblo así lo creyó por lo menos, y no hablábamos sino del crimen de lesa patria y de la cobardía del virrey, pero el pobre hombre había ido a reunir las milicias con todo apuro para salvar a la capital. Desde unas 16 leguas, en un paraje denominado Fuentezuelas, escribió que no se hiciera nada hasta que él volviese. La noticia llegó después de la victoria del 12 de Agosto, levantándose en su

Biblioteca Nacional de Maestros

contra la indignación general y el mayor de los ridículos tanto de criollos como de españoles, sobre todo por su pretensión de volver a la ciudad.

Era necesario destituir a ese virrey inepto para prepararse a una defensa seria de nuestras posiciones, y no faltaron entre los héroes del día quienes fomentaran la indignación popular para no abandonar las posiciones que el favor del pueblo les había dado en la lucha: de un lado estaba Álzaga representante de la colectividad española; del otro lado Liniers, alma del pueblo criollo y de la plaza.

Las exigencias de la muchedumbre crecieron por momentos y no hubo medio ni intriga por parte de los elementos españoles, para impedir la celebración de un Cabildo abierto.

Aquello era una clara sublevación contra la monarquía; porque cualesquiera que fuesen los cargos que pesasen sobre el virrey, el único que legítimamente podía castigarlo o destituirlo era el Rey de España.

Yo no lo he visto, pero contaban los contemporáneos que, como un recurso supremo para someter al pueblo y hacerlo entrar en

Biblioteca Nacional de Maestros

razón por lo que querían los de la Audiencia, sacaron, entre treinta pelucones de los que gobernaban, a pasear el retrato del Rey ante la muchedumbre y agregan historiadores de la época que: "no bien apercibida la gente de aquella farsa grotesca, comenzaron las carcajadas, los apóstrofes, los chistes y la burla. ¡Que saquen a Godoy (era el ministro del Rey), gritaban unos; ¡sí, a la horca!, respondían otros; y a doña María Luisa (ésta era la Reina) en el medio para que haga terno"... y entre estas y otras burlas la ridícula procesión de desagravios tuvo que meterse confusa y avergonzada en el salón capitular.

Desde ese momento ya no hubo cómo oponerse a la voluntad de la muchedumbre, que penetró compacta y resuelta en medio de soldados en las galerías del Cabildo. Liniers fué aclamado gobernador militar de Buenos Aires y Sobremonte, a quien se llevó verbalmente la resolución del pueblo, tuvo que resignarse a ver supeditada su autoridad de virrey a la de este caudillo a quien la muchedumbre comisionaba y autorizaba para organizar su defensa y llenar con su persona todo el escenario del Plata.

Biblioteca Nacional de Maestros

Os he llamado mucho, hijos míos, la atención sobre este punto para que apreciéis las distancias que había ya entre criollos y españoles antes de la segunda invasión inglesa: el influjo que tenían en el gobierno del país y la facilidad con que sucesos posteriores nos llevaron a la Independencia, que para mí comienza el día en que el pueblo destituye virreyes, nombra sus jefes militares y se siente apto para defender su nacionalidad por sí mismo. Así nació entre nosotros el patriotismo local: por la necesidad de defender el suelo nativo y para contrarrestar la acción del otro patriotismo, el español, aristócrata, gobernante e imbuído en la idea de que: "mientras hubiera un español en América, ese español debía gobernar a los americanos", como nos lo dijo muy suelto de cuerpo tres años después el obispo Lué en el Cabildo de Mayo.

El elemento español no desmayó por esto en la empresa de empañar la figura del ídolo del pueblo, del *francés aventurero*, como le llamaban a Liniers, porque con ese hombre al frente de la clase criolla era inevitable su caída; y le inventaron una serie de desprestigios referentes a su vida privada

Biblioteca Nacional de Maestros

y, sobre todo, el haberle firmado a Beresford una capitulación simulada.

Nosotros, los de esa época, sin embargo, sabemos, que el único que entró en el Fuerte por el puente levadizo y sacó a Beresford para que entregase su espada al vencedor, fué don Hilarión de la Quintana. Y este joven militar, que gozó siempre de una reputación intachable, negó toda la vida el hecho de que se le hacía interventor, diciendo que Beresford se rindió incondicionalmente.

Sea de ello lo que después se averigüe, el hecho verdadero es que Liniers debía organizar al pueblo en armas y llevarlo de nuevo a la victoria y el pueblo estaba con él.

Las cosas tenían que hacerse pronto, porque la prenda del Plata era tentadora y y a tan larga distancia de la madre patria no podíamos contar mucho con ella, si las poderosas escuadras inglesas intentasen un nuevo desembarco en nuestras costas.

Todo el mundo puso, en consecuencia, manos a la obra y venciendo toda clase de dificultades, de experiencia y de dinero, pronto la ciudad dispuso de un ejército urbano de nueve a diez mil hombres, com-

Biblioteca Nacional de Maestros

puesto de milicias populares que nombraban sus propios oficiales y éstos a sus jefes, vale decir, el triunfo completo de la voluntad del pueblo.

Contábamos con cinco batallones de criollos, tres de *Patricios* blancos de la Capital y dos de *Arribeños* blancos también nacidos en el interior, uno de *Pardos* y cinco tercios de españoles denominados *Montañeses*, *Andaluces*, *Cántabros*, *Catalanes* y *Gallegos*; algunos otros piquetes sueltos, dos cuerpos de artillería y seis escuadrones de caballería. Teníamos las armas compuestas, bastantes fusiles y rodeada la ciudad por baterías de cañones. Todos uniformados y armados.

Liniers había enardecido todos los espíritus, sin distinción de nacionalidad; hasta las damas tenían preparado un buen servicio de hospitales de sangre y se consagraban con gran celo a su tarea patriótica y humanitaria.

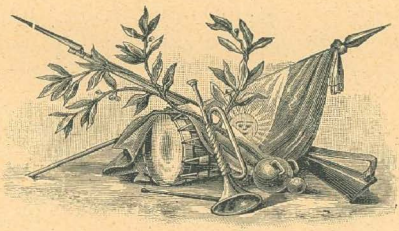
¡Con qué brío, con qué lucimiento y porte marcial llevábamos nuestro uniforme por la calle; parecía que en cada soldado viajaba un general!

El desgraciado virrey Sobremonte, que se

Biblioteca Nacional de Maestros

encontraba en el Paraná con sus milicianos cordobeses, se decidió a ir a Montevideo a preparar la defensa de la plaza, pues ya se comentaba la noticia de una segunda invasión. Allí fué su segundo, el gobernador Ruiz Huidobro.

¡Qué vengan ahora los ingleses!, pero no esta noche, porque me siento fatigado; otro día os diré cómo llegaron y cómo fueron obsequiados por nuestro primer ejército nacional. Un besito por cabeza, y hasta mañana.



Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA SEXTA

SIGUE HABLANDO ABUELITO

Beresford y Pópham habían pedido refuerzos a Inglaterra para asegurar su conquista, y esta gran potencia mandó una expedición de 4.300 hombres al mando del general sir Samuel Achmuty, antes de conocer el desastre de Beresford.

Mientras tanto, con refuerzos que Pópham recibió del Cabo de Buena Esperanza, unos 1.000 hombres, intentó, aunque sin éxito alguno, ataques contra Montevideo, teniendo que dirigirse a Maldonado desde donde estuvo haciendo una serie de escaramuzas para asegurarse recursos contra los defensores de la Banda Oriental.

En eso llegó Achmuty y desembarcó en Maldonado junto con sir Charles Stirling, que debía reemplazar a Pópham.

Montevideo se creyó en serio peligro y pidió refuerzos a Buenos Aires. Por varias causas estos socorros no pudieron ser enviados oportunamente; cuando esto se hizo era tarde. Montevideo, después de una heroica

Biblioteca Nacional de Maestros

resistencia, cayó en poder de los ingleses lo mismo que La Colonia. Como antes lo había hecho, el virrey Sobremonte huyó acompañado y bien resguardado por los cordobeses y paraguayos que había llevado a Montevideo, y aquí aparece de nuevo el pueblo soberano de Buenos Aires pidiendo a gritos el castigo del cobarde virrey y que saliera a prenderlo fuerza armada para someterlo a juicio.

Mientras tanto Achmuty quedó en observación de los sucesos, que se complicaban mucho por diferentes causas, sin intentar ataque alguno sobre Buenos Aires, hasta que Inglaterra mandó a Whitelocke con instrucciones para obrar en el Río de la Plata y tomar el mando de todas las fuerzas que ocupaban a Montevideo.

Whitelocke decidió conquistar a Buenos Aires con 12.000 hombres, apoyados por la escuadra del almirante Murray, desembarcando en La Ensenada el 2 de Julio de 1807.

Contra las presunciones de Liniers, que había salido a esperar las avanzadas de Whitelocke del otro lado del Riachuelo, el general Gower, que mandaba dichas avanzadas, se dirigió por el puente Chico a ocupar el Oeste de la ciudad.

Biblioteca Nacional de Maestros

Liniers, con una parte de sus tropas procuró contener a Gower por el Oeste y Elío volvió a concentrarse en la ciudad con el resto que le quedaba.

Las tropas de Liniers se desorganizaron en su marcha dificultosa a través de los callejones y pantanos y en menos de diez minutos fueron aniquiladas por Gower, quedando en su poder numerosos prisioneros y cañones, mientras Liniers se salvaba huyendo en dirección a la Chacarita con algunos dispersos.

Tanto Gower como Liniers esperaron que amaneciera para resolver sus respectivas situaciones personales. Las tropas de los coroneles Balbiani y Concha se concentraron también esa noche en la ciudad.

El pánico se apoderó de las filas y se desbandaron casi todos los soldados, creyendo que los ingleses habían entrado en la ciudad, derrotando a Liniers.

Apenas siguieron en formación a sus jefes, unos 1.200 hombres.

Yo os podría referir minuciosamente todos los hechos de armas de esa jornada en que tanto ingleses como españoles y criollos dieron pruebas de su valor y patriotismo, pero me limitaré a deciros a grandes rasgos cómo

Biblioteca Nacional de Maestros

se desarrolló y terminó aquel sangriento duelo, porque la verdadera importancia de esta heroica contienda está en el incremento que en ella tomó el espíritu de emancipación argentina.

Así fué que al saberse que la Patria aun estaba en salvo, los defensores volvieron a sus puestos, se trajeron los cañones abandonados y se pensó en ocupar las azoteas, trazar un perímetro y fortificarlo encargándose de esa tarea al mayor de *Patricios* don Juan José Viamonte, al coronel de *Cántabros* don Pedro Andrés García, al coronel Balbiani y al ingeniero don Pedro Cerviño.

Contra esas defensas improvisadas se estrellaron las numerosas fuerzas invasoras; ése fué el final de cuentas y lo que refirieron por escrito a su gobierno los mismos generales ingleses.

Las calles de la ciudad han cambiado casi todas de nombre y sería muy difícil sin un plano a la vista, comprender el desarrollo de aquella complicada acción guerrera; pero básteos saber que los ingleses llamaban después a nuestras calles *las sendas de la muerte.*

Se abrieron muchas zanjas y se colocó en

Biblioteca Nacional de Maestros

cada una de ellas, uno o dos cañones formándose, además, cantones de tiradores en los techos de las casas.

La Plaza Mayor estaba también zanjeada y artillada, lo mismo que el Fuerte; de modo que sus cañones podían barrer todas las calles que a ella conducían.

Por fuera del reducto fortificado estaba el pueblo, la gente que carecía de armas regulares, atisbando el paso de los ingleses para arrojarles cuánto tenían a mano: materias hirvientes o inflamables, piedras y hasta muebles. Esa legión de defensores ocultos estaba formada de ancianos, mujeres y niños.

El día 4 cada brigada de Whitelocke fué a ocupar el puesto señalado para dar el asalto a la ciudad; y el día 5, de madrugada, a la señal de cañonazos disparados del cuartel general, rompieron la marcha bajo una lluvia de fuego.

La lucha se hizo general y atronadora en todas las líneas del perímetro; los ingleses quedaron desconcertados por la incomunicación a que les redujeron los defensores de la plaza, y barridos, resuelta y valerosamente, en todas las calles por donde entraban.

Biblioteca Nacional de Maestros

El general Whitelocke, en posesión de la Residencia, creyó en el triunfo completo de sus tropas porque veía flamear en la torre de la iglesia de Santo Domingo las banderas del *Regimiento 95* con las del *71*, que habían recuperado los invasores en la iglesia.

Allí se habían concentrado Crawford, Guard, Pack y otros jefes.

La artillería del Fuerte rompió sobre la torre y rodeados en ella por un fuego certero que se les dirigía desde las azoteas y patios cercanos, se vieron obligados a rendirse a discreción.

Esas balas que habréis visto incrustadas en la torre de la iglesia, se pusieron en rememoración de este brillante triunfo de las armas argentinas.

Ese día buscábamos al coronel Pack entre los heridos, especialmente porque este jefe inglés había violado el juramento que hizo cuando la reconquista de Buenos Aires, de no tomar más las armas contra nosotros. Parece que un fraile del convento lo ocultó y le dejó escapar, librándolo así de que saldara sus cuentas con nosotros, por perjuro.

Whitelocke y demás jefes comprendieron que no podían insistir en el asalto con las

Biblioteca Nacional de Maestros

tropas que conservaban en el Retiro, en Miserere, en la Residencia y en Barracas; sus ánimos estaban desalentados, pero aun intentaron un plan para bombardear la ciudad, proyecto que fué rechazado por la actitud decidida de algunos jefes británicos, que consideraron descabellada e inútil la tentativa.

Decidióse entonces capitular, y después de largas tramitaciones sostenidas entre Gower como plenipotenciario y Liniers, se arribó a lo siguiente:

1.° Restitución recíproca de prisioneros de ambos ejércitos; 2.° Reembarco de las tropas de Whitelocke en diez días; 3.° Desalojamiento de Montevideo en el término de dos meses y entrega de todo el armamento y artillería que los ingleses tomaron a la plaza.

Liniers mandó instalar un hospital para los prisioneros ingleses heridos y el mismo coronel Pack, agradecido, aunque perjuro, a las atenciones que recibieron de los betlemitas y cirujanos que atendían el hospital, mandó, como obsequio, desde Londres, un precioso reloj de estufa, que aun se conserva en el Museo Histórico de Buenos Aires.

Biblioteca Nacional de Maestros

Así terminó, hijos míos, aquella nueva intentona de reconquista inglesa, en la que mucho aprendimos de la bizarría de sus soldados, de la inteligencia de sus jefes, de sus ideas de libertad, industria y comercio y, sobre todo, de nuestro valimiento nacional para medirnos cuerpo a cuerpo con tan bravos y aguerridos soldados.

Bien ha merecido la Plaza Mayor ser agraciada con el nombre de Plaza de la Victoria, en conmemoración de esos hechos.

Los diarios de los ingleses explicaron así su derrota:

"Es más que evidente que una población como la de Buenos Aires, animada por sus primeros éxitos y por su odio nacional, haya podido resistir a un golpe de mano. Cada casa era una fortaleza y cada calle una barricada. Un pueblo de esta especie debe ser invencible."

En razón de estas proezas Buenos Aires recibió del Rey de España el título de Excelencia y los miembros del Cabildo el de Señoría, y Liniers fué nombrado virrey interino.

El Concejo Municipal coronó el triunfo con varios actos de filantropía, entre otros, la liberación de una parte de los esclavos.

Biblioteca Nacional de Maestros

El poeta del día, inspirado en el sentimiento unánime del pueblo, dirigiéndose al Rey de España, en cuyo nombre guerreábamos todavía, decía, comentando la victoria:

Tiende la vista Soberano Digno:
Honra este suelo por momentos pocos;
Vé allí campado cabe el anchuroso río
Ese ejército grande: vé la veste
Militar que las adorna .....
..... ¿Qué tropa es esa?
Preguntarás Monarca muy benigno,
¡Ínclito Señor! ésta no es tropa:
Buenos Aires os muestra allí sus hijos;
Allí está el labrador, allí el letrado,
El comerciante, el artesano, el niño,
El moreno y el pardo: aquestes sólo
Ese ejército forman tan lucido.
Todo es obra, Señor, de un sacro fuego
Que del trémulo anciano al parvulillo,
Lo ha en ejército heroico convertido.
Esta llama feliz la ha fomentado
Vuestro vasallo fiel, nuestro caudillo,
El ilustre Liniers .. ..
.....
..... Ya resuelto
Ha quedado el problema: ya corrido
El velo está con *que la negra envidia*
Procuraba inspirar a los amigos
De nuestra gloria, indigna desconfianza:
Atribuyendo a pompa el ejercicio
De las armas, y el plan todo
QUE EN SOLDADOS TORNARA A LOS VECINOS
Ella al Orbe dirá nuestras hazañas
Haciendo vuestro nombre esclarecido [1].

[1] *Triunfo Argentino*: Poema heroico de don Vicente López y Planes (1807).

Biblioteca Nacional de Maestros

Para contaros cómo se produjo el drama glorioso de Mayo, pocos esfuerzos tendré que hacer, pues ya os habéis dado cuenta del estado de los ánimos de la población nativa y hasta de los españoles, disgustados con los vicios del sistema opresor para ellos mismos que tenían las autoridades coloniales de la Monarquía.

El pastel estaba cocido y calentito, no había más que sacarlo del horno y comerlo.

Bastaba que la ocasión fuera propicia a los patriotas, que ya soñaban con la revolución, y que algunos desaciertos del poder colonial ofrecieran pie para sublevarse, como sucedió en efecto, y tendré gusto grande en rememorarlo alguna noche, porque sólo al pensarlo se conmueven todas las fibras de mi alma como en el día 25 de Mayo de 1810 en que lanzamos el grito de Libertad en la Plaza de la Victoria, destituímos al virrey y proclamamos la Primera Junta de gobierno propio, compuesta de puros argentinos y de algunos españoles adictos, fieles a nuestra causa.

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA SÉPTIMA

HABLA MI PADRE

Abuelito se olvidó anoche de contaros, cómo después de la segunda invasión inglesa el ejército tuvo una señora con el grado de mayor.

Fué ésta, doña Martina de Céspedes, vecina del barrio de San Telmo, que vivía con sus tres hijas, muchachas de acendrado patriotismo.

Los ingleses penetraron a gritos por el zaguán de su casa, pidiendo aguardiente.

Voy a complacerlos, — les dijo, — y haciéndolos pasar por grupos de a cuatro, los fué encerrando en las habitaciones de la casa.

Doña Martina dió cuenta a Liniers de los prisioneros que tenía hechos, y este acto le valió el grado de mayor.

Tampoco os habló abuelito, de cómo quedó ligado a nuestros recuerdos históricos de las invasiones inglesas el nombre de la heroína Manuela Pedraza, llamada la *Tucumana*. Esta brava mujer luchó como una leona al lado de su marido, hiriendo a los

Biblioteca Nacional de Maestros

La señora Martina de Céspedes, ayudada de sus hijas, se apodera de ocho ingleses.

Biblioteca Nacional de Maestros

soldados ingleses y arrebatándoles los fusiles.

Y no se acordó asimismo de deciros el valor del cabo Orencio Pío Rodríguez, del *Regimiento de Patricios*, a quien una bala de fusil rompiera una pierna en la defensa de la plaza. ¡Qué valiente! Para seguir luchando saca un cuchillo y se corta la parte de la pantorrilla de que colgaba el hueso roto, exclamando: "No es nada, compañeros, muramos en defensa de la Patria."

Ni tampoco os habló del muchacho que fué después el coronel Juan José Montes de Oca, a quien tocó el honor de disparar el último cañonazo durante la reconquista, mientras otros chicos como él corrían de un lado para otro llevando municiones en sus ponchitos.

Abuelito os dijo que Whitelocke había creído en el triunfo de su ejército porque había visto flamear en la torre de Santo Domingo las banderas del *Regimiento 71*, que los ingleses habían sacado de la iglesia, pero no os refirió el por qué aquéllas se encontraban allí.

Dicen los historiadores argentinos, que Liniers era hombre de un acentuado espíritu religioso, cosa que era común en los

Biblioteca Nacional de Maestros

hombres de esa época y que influyó mucho, seguramente, para que se opusieran con tanta tenacidad a los invasores ingleses, que profesaban una religión distinta a la suya.

Hoy no suceden esos hechos, porque la Constitución Argentina tolera los cultos religiosos de todos los hombres del mundo que quieran habitar y trabajar en nuestra tierra, sometiéndose a las leyes que nos gobiernan, y hasta les acuerda, bajo ciertas condiciones, los mismos derechos que al ciudadano nacido en el país.

Bajo el régimen colonial español esto no podía concebirse siquiera. Todos los habitantes eran católicos o tenían que parecerlo, a menos de caer en el desprecio público o en las persecuciones de la Inquisición, arma inventada por los gobiernos de opresión para servirse de ella más que nada en conservar su poder político, amordazando la libertad de pensamiento, cuando les convenía a sus fines.

Pues bien: don Santiago Liniers, cuando llegó de La Ensenada, de incógnito, con la idea de intentar la reconquista de Buenos Aires, lo primero que hizo fué dirigirse al templo de Santo Domingo y arrodillarse

Biblioteca Nacional de Maestros

delante del altar de la Virgen del Rosario, donde permaneció en oración hasta que quedaron las naves de la iglesia desiertas.

Acercóse entonces a él un lego sacristán y Liniers le pidió que no cerrara todavía la iglesia. El hermano José, o sea el sacristán, viendo el uniforme militar de aquel

Liniers hablando con fray Gregorio.

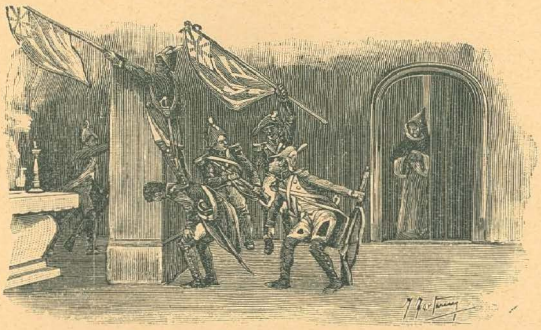
devoto le dijo:—Usted, señor capitán, puede pasar cuando quiera por la sacristía y salir del convento.

Terminadas sus oraciones, Liniers se dirigió a hablar con el prior del convento, fray Gregorio.

Reverendo Padre,—le dijo,—acabo de hacer votos a la Virgen del Rosario de trasla-

Biblioteca Nacional de Maestros

darme a Montevideo para conseguir de aquella plaza fuerzas para reconquistar nuestra capital y expulsar al invasor, y si lo consigo con su auxilio poderoso, le he ofrecido las banderas que arrebatemos a los ingleses.



El coronel Pack encuentra las banderas de su regimiento.

Don Santiago Liniers cumplió su promesa el 24 de Agosto de 1806, y así tendréis explicado cómo la celebración del aniversario de la Reconquista viene a ser para nosotros una gran fiesta nacional y al mismo tiempo religiosa.

Pues bien; cuando el coronel Pack, que había sido jefe del *Regimiento 71* en la pri-

Biblioteca Nacional de Maestros

mera invasión, tuvo que refugiarse herido en la iglesia de Santo Domingo para atacar a los defensores de la plaza desde un sitio elevado, encontró allí las banderas de su regimiento y con la alegría consiguiente las hizo descolgar, izándolas en la torre, para enardecer el espíritu de las tropas.

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA OCTAVA

CONTINÚA HABLANDO ABUELITO

Tendríamos o no derecho para estar jubilosos y enfatuados de nuestro triunfo, pero la verdad es que nos habíamos batido con los soldados más bravos y peritos del mundo, en defensa de nuestra tierra, y les habíamos probado a los españoles que éramos tan patriotas, briosos y fuertes como ellos y que en consecuencia éramos tan dignos de ocupar el poder público como ellos; faltaba sólo decirles: *con mejor derecho.*

Contribuían a exaltar este sentimiento los festejos y funerales celebrados en todas las provincias y virreinatos y el júbilo que repercutió en España misma, solemnizando nuestra victoria. Los mismos jefes ingleses que murieron el día de la acción, pidieron ser enterrados en el cuartel de *Patricios porque querían dormir entre valientes.*

¡Sí, hasta el mismo Napoleón felicitó al monarca español por el triunfo obtenido sobre los invasores ingleses! ¿Cómo no habíamos de estar engreídos de nuestro valor

Biblioteca Nacional de Maestros

nacional y aptitud para el gobierno propio?

Esta manera de ver y de pensar nos llevaba fatalmente a la Independencia.

Para que veáis cómo mirábamos muchos, ya en ese tiempo a la monarquía, voy a repetiros lo que decía uno de nuestros patricios inmortales, don Mariano Moreno, actor principal en los sucesos de Mayo, refiriéndose a la Jura de Fernando VII, que nos mandaron hacer desde España en 1808: "Un bando de gobierno reunía en la plaza pública a todos los empleados y principales vecinos, los primeros como agentes del nuevo señor que debía continuarlos en sus empleos; los segundos por el incentivo de la curiosidad o por el temor de la multa con que sería castigada su falta. La muchedumbre concurría animada del mismo espíritu que la conduce a todo bullicio. El alférez real subía a un tablado, juraba allí al nuevo monarca, y los muchachos gritaban: ¡Viva el Rey! poniendo toda su atención *en el de la moneda* (el perfil o busto que al efecto se sellaba) y que se les arrojaba con abundancia para avivar la grita. Yo presencié la Jura de Fernando VII en el atrio de Santo Domingo y fué necesario que los

Biblioteca Nacional de Maestros

bastones de los ayudantes provocasen en los muchachos la misma algazara que las mismas monedas no excitaban. *¿Será este un acto capaz de ligar a los pueblos con vínculos eternos?*"

De aquí a romper los lazos que nos ligaban a España y sus monarcas, el foso no era ancho y el puente estaba echado.

Las desconfianzas del gobierno provisional de España, que había caído en poder de Napoleón, hacia el que llamaban *aventurero francés* en relaciones con Napoleón, Liniers, en una palabra, aceleraron los sucesos.

La destitución de Liniers fué decretada y en su reemplazo se nombró a don Baltasar Hidalgo de Cisneros.

Liniers le entregó el gobierno y se retiró a Córdoba, provisionalmente.

La destitución de Liniers fué un error de graves consecuencias, porque Cisneros se vió impotente para conformar las animosidades imprudentes del partido español y las exigencias revolucionarias del elemento criollo, y la primera y más culminante concesión que tuvo que hacer fué la declaración del comercio libre, en que

Biblioteca Nacional de Maestros

el ilustre patricio don Mariano Moreno formó la famosa "Representación de los Hacendados" contra los monopolizadores del comercio, que lo eran las cabezas dirigentes del partido español que tenían aseguradas

Mariano Moreno.

para sí, con el sistema de opresión colonial, pingües ganancias.

La conducta de Cisneros, bárbara y cruel con los revolucionarios de Chuquisaca y La Paz, vino a quitarle inmediatamente la simpatía que pudo haberse conquistado en el

Biblioteca Nacional de Maestros

elemento criollo, por la declaración de la libertad de comercio.

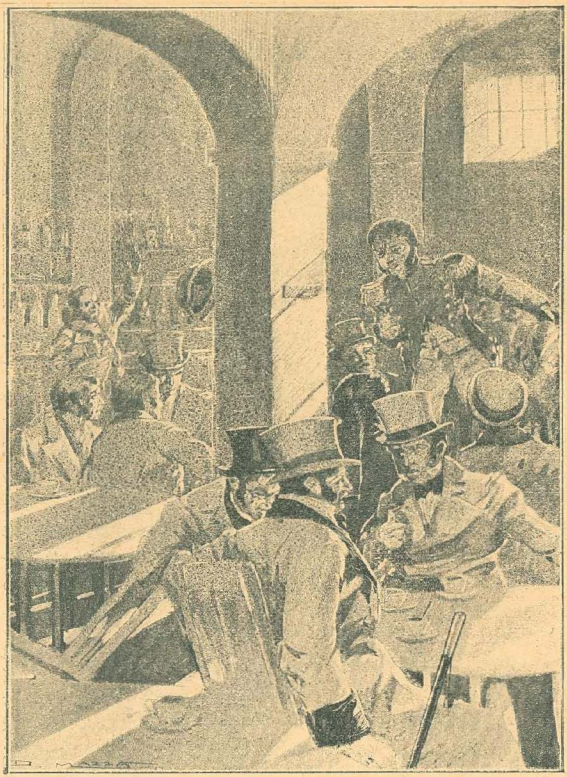
La Revolución había brotado como una chispa en todos los cerebros, de un extremo al otro del país, y si no hubiera habido jefes de milicias demasiado prudentes habría estallado en 1809.

El virrey quedó aislado de las familias criollas y si bien no había ningún complot aun entre los patriotas, menudeaban entre éstos las visitas, reuniones, comentarios políticos y crecía el ardor entre los más apasionados: como Rodríguez Peña, Castelli, Vieytes, Paso, Chiclana, Darragueira, Viamonte, French, Terrada y otros, sin excluir del todo a Saavedra y Belgrano, aunque no tan impacientes.

La última desgracia que pudo ocurrir a España en el Río de la Plata, fué la noticia de que el pueblo de Cádiz, asumiendo la soberanía española, había creado una Regencia para España y las Indias.

Esto significaba para los patriotas la pérdida completa del prestigio político que habían conquistado por las armas y de la libertad de comercio otorgada por ante la justicia y el derecho, para quedar a merced

Biblioteca Nacional de Maestros



Creación de la Sociedad Patriótica.

Biblioteca Nacional de Maestros

de los mercaderes de Cádiz y de sus representantes en América, los miembros del elemento español.

Ya no podíamos andar con excusas ni contemplaciones y desde el día 18 de Mayo empezó a sentirse un movimiento inusitado en los cuarteles y en el pueblo; la gente se agolpaba en los cafés, canchas de pelota, en la Casa de Comedias, y ese día presenciamos más de un incidente, muchos alborotos y riñas entre españoles y criollos.

La *Sociedad de los Siete* funcionó desde ese instante con gran actividad, dispuesta a dar la señal de sublevación en el momento oportuno.

Todas las milicias criollas estaban prontas y dispuestas para entrar en acción a la primera voz del elemento dirigente que lo eran: Rodríguez Peña, Castelli, Paso, Moreno, Darragueira y Belgrano y dispuestos a secundar el movimiento con alma y vida Romero, Urien, Superí, Ocampo, Terrada, Martín Rodríguez, Viamonte, los Balcarce, Vélez y muchos otros de distinguidas familias e influyentes en los suburbios de la ciudad entre las clases populares.

Biblioteca Nacional de Maestros

Llamado Saavedra urgentemente el día 19, convino con los insurrectos en que debía llamarse a *Cabildo abierto* para que el pueblo expresase su voluntad, pero con moderación.

Cornelio Saavedra.

Fué inútil resistir: el día 20, el pueblo, en tumulto, gritaba en la plaza: ¡Abajo Cisneros! Tanto los cabildantes como el virrey tuvieron que ceder a las exigencias del pueblo y de los jefes de los regimientos criollos, y *acordar permiso para que en un Congreso público se expresase la voluntad del pueblo y se acordasen las medidas más oportunas para evitar desgracias y asegurar la suerte del país.*

A este Congreso o *Cabildo abierto* tendrían acceso los vecinos invitados por una esquela, que decía así:

"El Excmo. Cabildo convoca a usted para que se sirva asistir, precisamente mañana, 22 del corriente, a las nueve, sin etiqueta alguna

Biblioteca Nacional de Maestros

y en clase de vecino, al Cabildo abierto que con anuencia del Excmo. señor Virrey ha acordado celebrar, debiendo manifestar esta esquela a las tropas que guarnezcan las avenidas de esta plaza para que se le permita pasar libremente."

Como estas tarjetas eran impresas y la guardia de la plaza, debía darla el jefe de los *Patricios*, don Cornelio Saavedra, la entrada del elemento criollo a la reunión estaba asegurada de antemano y burlados los propósitos de los cabildantes y del virrey, hostiles al pueblo soberano.

Al saberse esta noticia todos nos largamos a la calle a buscar adherentes y repartir circulares y proclamas para que todos votasen por la destitución del virrey y la creación de una Junta gobernante de patriotas.

¡Era de ver a los españoles huyendo de nuestro asedio y buscando cortapisas para no ir a la reunión por temor de encontrarse comprometidos en el alboroto popular que presentían!

¡Qué días más febriles y jubilosos aquellos para nuestra juventud!

La verdad es que los criollos teníamos

Biblioteca Nacional de Maestros

que asirnos en esta circunstancia suprema aunque fuera de un ascua ardiendo, porque el propósito de las autoridades coloniales era el de impedirnos la entrada; pero lo teníamos de guardia al capitán Eustaquio Díaz Vélez, uno de los oficiales más impetuosos y decididos al movimiento, y la entrada fué fácilmente otorgada al que presentaba la tarjeta con la señal convenida entre los patriotas y obstaculizada a todos los demás, a menos que fueran personas hacendadas y muy conocidas en la ciudad.

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA NOVENA

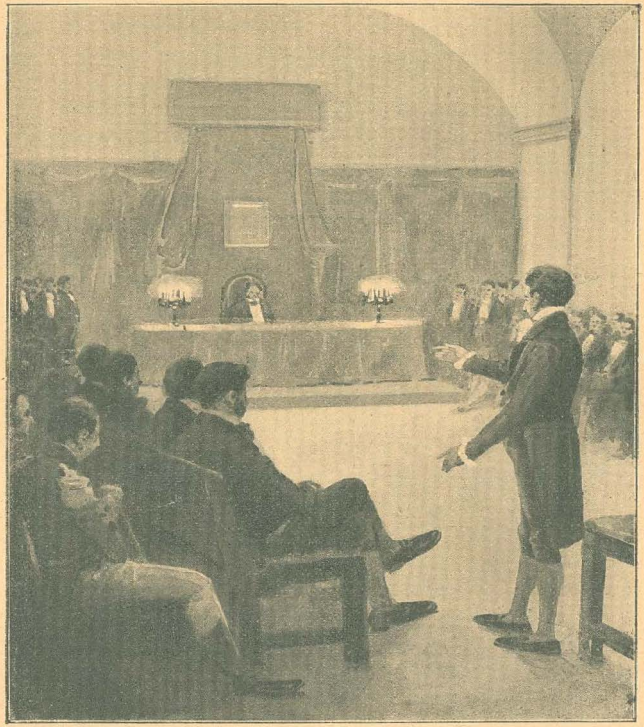
CONTINÚA HABLANDO ABUELITO

A eso de las nueve de la mañana del día 22 de Mayo, ya los cabildantes ocupaban sus puestos respectivos en la Asamblea popular que debía celebrarse, y a lo largo de la galería superior del Cabildo en largas filas dispuestos, había bancos y sillas a los dos lados para recibir a los invitados.

Reunidos los concurrentes se inició el acto por la proclama del Síndico Procurador, doctor Leiva, que abría la discusión, pero que en realidad no contenía sino frases destinadas a que no se alterase en lo más mínimo el régimen existente en la colonia.

El pueblo bullía en la plaza y contornos en comunicación constante con los patriotas que estaban en la Asamblea y desde abajo gritaba desaforadamente contra el virrey cada vez que uno de ellos percibía el ronco y temible rugido de la masa popular exasperada y enardecida; los movimientos y exaltación de los oradores se transmitían como por arte de encantamiento a la muchedumbre.

Biblioteca Nacional de Maestros



Cabildo abierto.

Biblioteca Nacional de Maestros

Después de una prolongada discusión y habiéndose hecho muchas proposiciones que fueron rechazadas, los gritos atronadores de la muchedumbre, que coronaban los aplausos y ovaciones que en ese momento se hacían dentro de la sala al doctor Paso por su brillante réplica a los oradores españoles, hicieron que se pusiera a votación la fórmula presentada por el respetable patricio don Antonio José Escalada, a saber:

"Si se ha de subrogar otra autoridad a la superior *que ejerce el Excmo. señor virrey, dependiente de la Soberana: que se ejerza legítimamente a nombre del señor Fernando VII*" *¿y en quién?*

¡Qué se vote! prorrumpió electrizada la muchedumbre.

Los opositores tuvieron que ceder a la presión popular, y aclamada la proposición por la Asamblea comenzó la votación por escrito, la que después de media noche aun no había terminado, aunque ya se sabía que la inmensa mayoría votaba por la separación del virrey y delegación de las facultades electorales en el Cabildo.

Los cabildantes traicionaron, sin embargo, el voto del pueblo y el día 23 daban en lu-

Biblioteca Nacional de Maestros

gar de lo resuelto, un acuerdo por el que dejaban al virrey presidiendo la Junta que debía elegir el Cabildo hasta que se congregasen los representantes del virreinato para resolver en definitiva.

Aceptada la fórmula por el virrey, se dictó el siguiente bando, que debía fijarse en las esquinas:

"Que se continuaba en el mando superior al Excmo. señor Virrey, don Baltasar Hidalgo de Cisneros como presidente de una Junta de Gobierno, compuesta de los vocales: Doctor don Juan Nepomuceno Sola, cura rector de la parroquia de Montserrat; doctor Juan José Castelli, abogado de la Real Audiencia Pretorial, don Cornelio Saavedra, comandante del *Regimiento de Patricios*, y don José Santos Inchaurri." Se les mandaba prestar juramento de fidelidad a Fernando VII y se les ordenaba que amnistiasen a los que habían cometido el crimen de Estado de votar por la separación del virrey el día 22!!!

Mientras esto sucedía en el conciliábulo de los cabildantes, los cuarteles y el pueblo hervían de indignación y como el bando no podía, por razones de escritura e imprenta,

Biblioteca Nacional de Maestros

publicarse hasta el día 24, los comandantes de los cuerpos fueron informados el día 23 de lo resuelto a última hora.

Don Martín Rodríguez y don Francisco Antonio de Ocampo calificaron de traición al pueblo lo resuelto por el Cabildo y protestaron con exaltación, y el comandante de *Dragones*, don Ignacio de la Quintana, no se consideró con virtud suficiente para contener a los *Arribeños* y *Patricios* en caso de disconformidad.

Saavedra, dijo, que él era partidario de la separación del virrey; pero no se resolvía hasta el día siguiente a aceptar el puesto en la Junta.

La efervescencia popular crecía mientras deliberaban los patriotas sobre la complicación en que los ponía el nombramiento de Saavedra y Castelli.

El bando fué mandado fijar en las esquinas, pero el pueblo lo arrebataba de manos de los peones y alguaciles y era pisoteado por las calles, y los restantes, que abandonaron en la fuga los empleados, incendiados delante del mismo Cabildo entre un alboroto inmenso.

Con gran acompañamiento salieron los

Biblioteca Nacional de Maestros

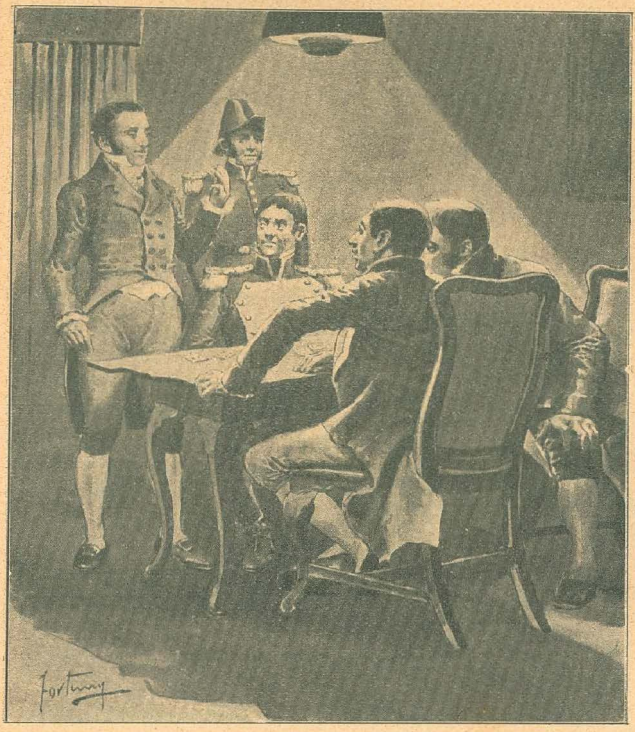
miembros de la Junta del Fuerte, a prestar el juramento en el salón municipal.

Saavedra supo por Castelli lo que pasaba y los jefes le declararon en el Fuerte que no acatarían las órdenes del virrey ni otra alguna, si éste no era separado de la Junta.

La Junta, reunida en acuerdo urgente, convenció a Cisneros de la necesidad de renunciar y así firmaron todos la renuncia, devolviendo el poder al Cabildo inmediatamente.

El Cabildo reunido el día 25 negó a la Junta la facultad de renunciar, pero apenas conocida del pueblo esta decisión, invadió como un torrente las galerías y salas capitulares, capitaneados por French, Chiclana, el Padre Grela, Berutti, Planes y todos los otros jóvenes caudillos del pueblo, produciendo tal pánico entre los cabildantes, que unos huyeron y otros se escondieron en la casa, mientras Leiva, Lezica y Anchorena salieron a preguntarles qué querían, French les contestó: La separación inmediata de Cisneros, como está resuelto por el pueblo; y la onda popular acompañó aquel ultimátum con un grito estruendoso y uniforme que parecía un bramido de fiera embravecida.

Biblioteca Nacional de Maestros



Intimación de los patriotas.

Biblioteca Nacional de Maestros

Todas las timideces, arbitrios, recursos, combinaciones, vacilaciones y perfidias habían terminado; en vano intentó el Cabildo que los jefes militares contuviesen a la Junta: éstos se negaron rotundamente a afrontar el furor popular, y declararon que no contaban con sus cuerpos, ya en abierta sedición: no hubo más remedio que aceptar la fórmula redactada por los revolucionarios por la que quedaba cesante la Junta nombrada por el Cabildo y en su reemplazo se constituía otra en esta forma: Presidente y comandante general de armas, don Cornelio Saavedra; Vocales: don Juan José Castelli, don Manuel Belgrano, don Miguel de Azcuénaga, don Manuel Alberti, don Domingo Matheu, don Juan Larrea; Secretarios: doctor don Mariano Moreno y don Juan José Paso.

Miguel de Azcuénaga, vocal de la Primera Junta.

Biblioteca Nacional de Maestros

Leída la lista desde los balcones de la Casa Consistorial y las atribuciones y deberes con que quedaba investida la Junta, fueron aclamados con voces ensordecedoras por el pueblo.

Desde ese momento el gobierno del país quedaba en manos de los criollos y ellos asumirían todas las responsabilidades de la nacionalidad.

La Junta acabada de proclamar, que se hallaba reunida en casa de don Miguel Azcuénaga, se dirigió entre los vítores populares, a prestar el juramento de su investidura.

El poder de reyes y virreyes había terminado desde ese momento en el virreinato del Río de la Plata. El virrey abandonó el Fuerte y desde sus murallas y de todos los cuarteles, se saludó con un largo fuego de fusilería la exaltación del primer gobierno patrio.

Las campanas de las iglesias se echaron a vuelo; se liquidaron todos los cohetes existentes en plaza y aunque el día era lluvioso y destemplado, la gente, en medio de los barrizales hacía *Sanjuanes*, quemando grandes montones de ramas y leña; las damas y

Biblioteca Nacional de Maestros

señoritas llenaron la plaza a pesar del mal tiempo, adornadas con el penacho celeste de los *Patricios*; las ventanas ostentaban lujosas mantas y telas de variados colores y los mozos paseaban por las calles en apenas doma-

French, inventor de la escarapela nacional.

dos corceles, luciendo las mejores prendas en su vestido y en su apero y el pueblo entonaba décimas transitando jubiloso en carros y carretas, y en los pechos y sombreros de los nativos flameaban las cintas blancas

Biblioteca Nacional de Maestros

y celestes que habían repartido French y Berutti a la muchedumbre apiñada al pie de los balcones del Cabildo, primer símbolo del que había de ser más tarde el pabellón sagrado de la Patria.

Berutti, el primero que ostentó la escarapela nacional.

Era un saludo universal a ese día de nacimiento a la vida soberana y de gloria para sus valientes adalides, cuyos nombres ha consagrado la posteridad en el mármol y en el bronce, en la poesía y en la historia.

Biblioteca Nacional de Maestros

¡Qué espectáculo conmovedor fué, hijos mios, el acto de la instalación de la Primera Junta de Gobierno Patrio. "Todos llorábamos de alegría, de entusiasmo, de ternura, qué sé yo de qué, al sentirnos pueblo libre, pueblo soberano; y al ver a nuestros más queridos amigos, a nuestros condiscípulos, en el solio de los virreyes", como decía el doctor Cosme Argerich, uno de los asistentes a la ceremonia, cuando la recordaba entre sus amigos.

Y a la verdad, la instalación de la Junta fué una ceremonia conmovedora e imponente.

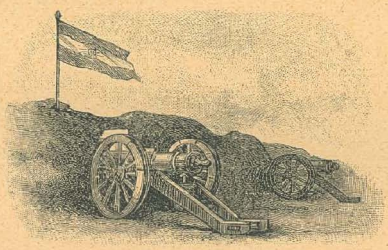
Los cabildantes, bajo el regio dosel, rodeados a uno y otro lado de la sala de los comandantes y oficiales, jefes de las corporaciones religiosas, empleados y funcionarios del fisco, esperaban sentados la llegada de la Junta.

El alcalde de primer voto se puso de pie con los demás cabildantes y el síndico procurador puso al alcance de la mano de Saavedra los Evangelios. Los demás miembros de la Junta se arrodillaron ante una amplia mesa cubierta con tapete de damasco rojo sobre la que se alzaba un Cru-

Biblioteca Nacional de Maestros

cifijo de marfil con incrustaciones de plata, y el juramento se prestó según la práctica, cediendo en seguida sus asientos los cabildantes a los miembros de la Junta.

"Nos pareció entonces que veíamos la imagen resplandeciente de la Patria en que habíamos nacido, levantándose sobre nosotros con formas aéreas y celestiales."



Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA DÉCIMA

EL PRIMER PUNTO DE ABUELITO

Hacía ya varias noches que abuelito cuando terminaba la oración del hogar, se retiraba a su habitación apenas concluía de comer.

Uno de nosotros, no recuerdo cuál, le dijo cierta noche: Abuelito, usted dejó instalada la Primera Junta de Gobierno Patrio el 25 de Mayo de 1810, pero no nos ha vuelto a hablar de ella, ni de las cosas que hizo y de las que sucedieron después en nuestra Patria. Estamos deseando que usted continúe sus historias tan interesantes. ¿Quiére contarnos algo, abuelito?

Nuestro abuelo, cerró los párpados como si quisiera avivar sus recuerdos, los alzó al cielo, como dándole gracias por la emancipación argentina, y dijo:

"Lo que hizo aquella Junta de ilustres patriotas y lo que siguió cuando ellos desaparecieron de la escena, se puede contar en pocas o en muchas palabras, en tantas, que no bastarían diez, cien libros, para contenerlas.

Biblioteca Nacional de Maestros

Como yo no soy vuestro maestro de historia, ni me dan las fuerzas ya para ello, me limitaré a haceros un resumen de esa gran epopeya argentina que empieza en Mayo de 1810 y termina con la consolidación definitiva de la unión nacional bajo el

Primera Junta.

imperio de la Constitución que nos rige, dictada por todos los Constituyentes del pueblo argentino.

Y si me he detenido en algunos detalles al hablaros de las invasiones inglesas y de la Revolución de Mayo, ha sido para fijar

Biblioteca Nacional de Maestros

en vuestras almas la noción clara de nuestra nacionalidad, la naturalidad con que surgió al mundo nuestra soberanía, nuestra democracia y la justificación de nuestro patriotismo, que nunca será excesivo si habéis de corresponder a la abnegación y sacrificio de vuestros mayores, y si debéis conservar intacto el glorioso patrimonio que os legaron.

No vayáis a pensar que todo lo debéis a los hombres de armas: ellos fueron los portaestandartes avanzados de la Revolución y de la vida republicana, ellos barrieron del suelo de la Patria a los enemigos de nuestra soberanía y atravesando las montañas, los ríos y los mares ayudaron a todo el continente sudamericano a extirparlos también de su suelo, dejando un reguero de heroísmos y de glorias en esas campañas libertadoras.

Pero al lado de ellos han asegurado con igual valor, con igual abnegación el porvenir de nuestra nacionalidad y grandeza los estadistas, los sabios, los hombres de letras, los maestros, los buenos gobernantes y muchos trabajadores anónimos, pero no menos eficaces para nuestro progreso y engrandecimiento.

Biblioteca Nacional de Maestros

Vuestro padre, que ha viajado tanto y que viaja aún está en mejores condiciones que yo para mostraros lo grande que es en la actualidad vuestra Patria, comparada con aquellas aldeitas miserables en que nos criábamos los hombres de mi generación y de las cuales era emporio principal la ciudad de Buenos Aires.

Ya recordaréis lo que os dije de ella, y para completar esas noticias os diré esta noche algunas cosas más referentes a mi ciudad natal, para que podáis apreciar la diferencia colosal que existe entre la Patria argentina de ahora y la de los hombres de 1810.

¡Cuánta razón hemos tenido los supervivientes de aquella época gloriosa al conmemorar con tanto fausto y grandeza el Centenario de la Revolución!... y todos los días doy gracias al cielo por haberme concedido la inmensa gracia de asistir a una fiesta tan hermosa, a una glorificación tan merecida de los que han ido cayendo en las luchas de la guerra, de la ciencia, de la enseñanza o del trabajo por darnos Patria, libertad, seguridad y progreso. ¡Loado sea Dios, y, sobre todo lo sea! porque no ha permitido que "la bandera celeste y blanca haya sido jamás

Biblioteca Nacional de Maestros

atada al carro de ningún vencedor de la Tierra."

* * *

Tomad buena nota: Cuando vinieron los ingleses sólo había tres chimeneas en Buenos Aires; el invierno lo pasábamos con el famoso *brasero*. Los ingleses introdujeron muchas en el país. Aunque sea algo tarde, muchas gracias.

Es verdad que teníamos, en cambio, un teatrillo llamado Casa de Comedias, el cual, aunque muy mal alumbrado a velas de sebo, permitía a algunos artistas, por lo general del país, representar algunas piezas españolas, pero sin preparación alguna de comediantes; y no nos faltó tampoco una Plaza de Toros, primero en la plaza de Montserrat (hoy plaza Belgrano) y más tarde en el Retiro.

También había bastantes iglesias, casi tantas como ahora, y no faltaban reñideros de gallos.

Los negocios de plateros, talabarteros y lomilleros tenían su barrio: la calle Buen Orden (hoy Bernardo de Irigoyen); ésta era la calle en que había más ruido, debido a

Biblioteca Nacional de Maestros

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

los martillazos y al tránsito de las cabalgaduras de los compradores. En la Plazuela Vieja del Sud estaban los almacenes de vinos y comestibles. En el barrio de Santo Domingo se hallaban las tiendas; en la calle de los Mendocinos, hoy Sarmiento, se vendían los productos elaborados en las provincias; y alrededor de la Plaza Mayor, al Norte, las casas de cambio y banqueros; y en la calle de las Torres (hoy Rivadavia) se vendían artículos para la gente del campo, y aquí se acaba el movimiento comercial e industrial del entonces villorrio bonaerense.

¡Cómo sería entonces la plaza que llamamos hoy 25 de Mayo, que en el terreno donde está hoy el Banco de la Nación Argentina había un letrero que decía: *¡No pasen por esta calle, que andan las ánimas!* No recuerdo que la hayan atravesado muchos de noche en mi tiempo.

En correo no había que pensar, sino se mandaba uno propio a pie o a caballo o se le encargaba de la carta a algún vecino o amigo que iba de viaje; y para hacer largos viajes la gente se despedía de todos sus parientes y amigos, confesaba, comulgaba y hacía testamento.

Biblioteca Nacional de Maestros

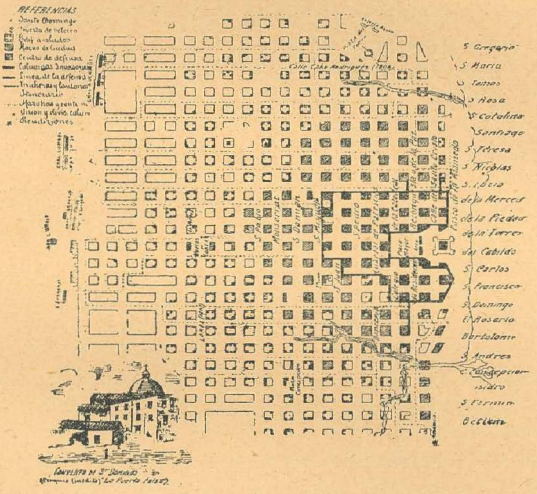
El que quería policía tenía que hacerla en patrullas nocturnas mandadas por los alcaldes de barrio o poner un *personero* de su bolsillo, lo que para muchos llegó a convertirse en oficio.

Nuestra sociedad era muy religiosa, no había excepciones: todo el mundo iba a misa de *alba* o de *una* los días de precepto; cuando sonaba a la tarde el toque de *Ángelus* nadie dejaba de arrodillarse dondequiera que se hallase y rezar el *Avemaría*; y los menores a pedir la bendición a sus padres, y era universal también persignarse al salir de casa y muy mal mirado el que se olvidaba; y al *toque de queda*, de las nueve de la noche, todo el mundo en silencio y ¡chitón! porque las patrullas se encargaban de hacer cesar todo bullicio en la ciudad prendiendo y multando a sus autores.

De Norte a Sur, la ciudad habitada por la clase urbana, tendría unas catorce manzanas de 145 metros de lado desde Viamonte a Chile; de Este a Oeste una extensión de diez cuadras edificadas entre las de Rivadavia, Victoria y Libertad, esa punta tocaba en el *campo* y en los flancos la línea de edificación disminuía hasta las barrancas del río.

Biblioteca Nacional de Maestros

Lo demás eran quintas, huecos, malezas, callejones, pantanos, montes de durazno y naranjos silvestres, espinillos, cardales, tunales, una verdadera selva ciudadana, en



Buenos Aires en 1810.

que se hallaba alguno que otro núcleo separado de orilleros, compadritos, malhechores, desertores y gentes de mal vivir.

Allá lejos, al Norte, la Plaza de Toros en

Biblioteca Nacional de Maestros

el Retiro; y al Sur las *barracas* establecidas en el bañado del Riachuelo donde se acopiaba en galpones carbón, cueros, cañas tacuaras, bambúes, maderas y otras cosas que transportaban las pequeñas embarcaciones por los ríos.

Todo el espacio estaba dividido en cuadrados o cuadrilongos cercados de tunas a lo que se llamaban *quintas*, con cuyos productos se proveía a las necesidades del consumo de la ciudad.

El servicio doméstico lo hacían negros o mulatos, de modo que todos los pequeños o grandes quinteros eran propietarios e independientes, por más que las calles, pantanosas y bajas, obligaban a los vecinos a abrir portillos en los cercos para darse paso y salida en los días de grandes lluvias.

No teníamos piedra, y en consecuencia, con la muy cara e irregular que nos venía de la Banda Oriental, por la falta de elementos de transporte, mal podíamos hacer casas o empedrar calles.

Nuestro lujo había consistido en echar algunas de ellas de cualquier modo en varias cuadras de Perú y Florida hoy, que antes pomposamente llamábamos calle del Empedrado.

Biblioteca Nacional de Maestros

La ciudad no tenía más niveles ni desagües que los naturales del terreno, y de ahí los eternos pantanos y la continua lucha de los vecinos por cegarlos para habilitar calles de tránsito.

El Norte y Sur de la ciudad quedaban, durante el invierno, incomunicados con el centro.

Esta era la ciudad desde la cual los revolucionarios de Mayo tenían que desenvolver su acción vibrante, rápida y heroica sobre todo un continente.

Pero hay que convenir que las luchas por la vida, las dificultades para vencer al *potro*, a la Naturaleza y a los hombres habían hecho ya en nosotros pruebas suficientes para sentirnos con la bravura, elasticidad e intrepidez de los leones de nuestra selva. El heroísmo tenía que ser en nosotros una virtud natural, casi impremeditado y decisivo.

Comprenderéis también, hijos míos, como habiendo yo también servido a mi Patria casi medio siglo y actuado en toda la contienda homérica que nos condujo a la Independencia y organización nacional, no me sea dado detenerme personalmente en su-

Biblioteca Nacional de Maestros

cesos que sólo los historiadores y la posteridad juzgarán con toda calma.

En el cajón de mi escritorio tengo muchos papeles y recuerdos materiales de las campañas libertadoras y de nuestras guerras intestinas y exteriores; pues deseo que no los toquéis hasta que yo muera.

¡Santo Dios de las batallas, que me habéis preservado de todo mal, tanto tiempo, concededme la gracia de ver a mis nietos entonando el Himno de la Patria, feliz y grandiosa, desde el *trono dignísimo de las Provincias Unidas del Sud*, ya que me hicisteis la merced de ver en el solio de los virreyes a mis compañeros de Mayo!

Abuelito nos besó en la frente, como de costumbre, y nosotros gritamos: ¡Viva abuelito!, ¡viva esta santa reliquia de la Revolución de Mayo!

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA UNDÉCIMA

PUNTO FINAL DE ABUELITO

Aquel Directorio, hijos míos, se echaba sobre sus hombros la tarea más ardua y abrumadora que concebirse pueda. Tenía que invitar u obligar a todas las provincias a adherirse al movimiento emancipador de la Capital del Virreinato y organizar la milicia nacional para resistir o atacar a los numerosos enemigos que habían de surgir en torno suyo. Córdoba, el Alto Perú, el Paraguay y Montevideo debían alzarse en armas, movidos por el elemento español que dominaba en esas partes y combatir contra las tendencias libertadoras de nuestros patriotas.

Córdoba, gobernada por el general español Concha, apoyado por el mismo Liniers, que había sido el ídolo porteño cuando las invasiones inglesas, el obispo Orellana y el coronel Allende organizaron la resistencia contra la Junta y Liniers se puso en marcha sobre Buenos Aires al frente de las tropas, pero fué derrotado por las armas de la Pa-

Biblioteca Nacional de Maestros

tria y fusilado. Francamente, si a mí me hubieran dejado hacer en este caso, hubiera encerrado a Liniers en una jaula de oro por ser peligroso para la causa de la Patria, pero no hubiera fusilado a un héroe que nos había cubierto de gloria.

El general Goyeneche, enviado por el virrey Abascal, y los gobernadores de Potosí y Chuquisaca, Paula Sanz y Nieto, organizaron la resistencia en el Perú y contra ellos destacó la Junta a Balcárce con tropas nacionales en número de 300 hombres que, dominados por el número de españoles en Cotagaita, tuvieron que retroceder hasta Suipacha; allí hicieron pie y frente al enemigo, dándose el primer combate de importancia entre españoles y patriotas y el primer timbre de gloria que alcanzaron las armas de la Patria.

Tanto Nieto como Paula Sanz, que habían sido dos generales feroces, fueron fusilados. Poco después Balcarce era derrotado en Huaqui por Goyeneche.

También tuvo la Junta que mandar fuerzas para auxiliar el movimiento revolucionario del Paraguay y esta vez fué Belgrano, miembro de la Junta, encargado de la expedición; pero tuvo que retroceder y capi-

Biblioteca Nacional de Maestros

tular ante una fuerza de 8.000 soldados con que fué recibido su reducido ejército.

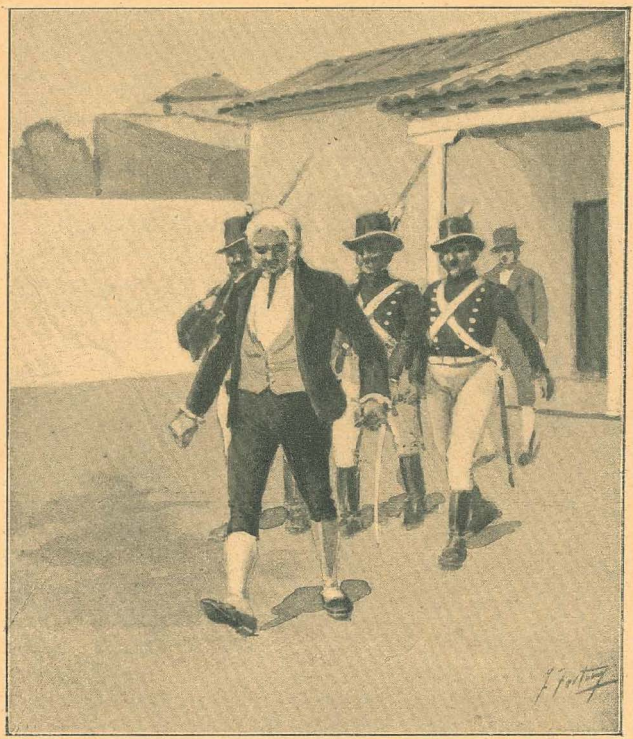
Sin embargo, dos meses después triunfaba la revolución en el Paraguay, encabezada por el mismo Cabañas, que había ayudado al gobernador Velasco, que derrotó a Belgrano en Tacuarí.

Mientras tanto el general Elío, que había sido nombrado virrey y que gobernaba en Montevideo, y la flota española, bloqueaban a Buenos Aires haciéndole mucho daño. Los patriotas ganaron contra él la batalla de Las Piedras y le obligaron a encerrarse en Montevideo.

Dentro mismo de Buenos Aires conspiraba Álzaga a la cabeza de los españoles, contra la Junta, ayudado por Vigodet, que gobernaba entonces en Montevideo y por el gobierno del Brasil, pero fué descubierto y ejecutado con los principales conjurados.

Fué entonces también que Belgrano, encargado de establecer dos baterías sobre las barrancas del Rosario para hostilizar a la escuadrilla española que recorría el Uruguay y el Paraná cometiendo toda clase de tropelías contra nosotros, enarboló por primera vez y por su cuenta y responsabilidad,

Biblioteca Nacional de Maestros



Conjuración de Álzaga.

Biblioteca Nacional de Maestros

la bandera celeste y blanca, que pronto recibiría el bautismo de sangre y de gloria en todo el continente sudamericano.

Las victorias de Tucumán y Salta en 1812 ganadas por Belgrano contra los ejércitos realistas del Alto Perú, arrojaron hacia el Norte a las fuerzas españolas derrotadas.

En esta época se verificó en Buenos Aires la reunión del primer Congreso de diputados de todas las provincias, y a él debemos la aprobación de la Bandera de Belgrano y el Escudo Nacional.

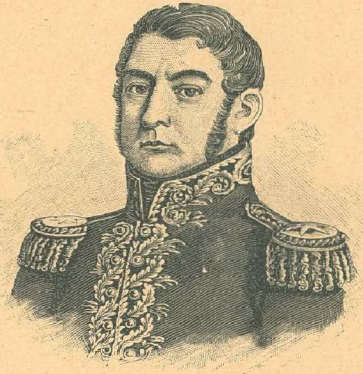
Por esta época, también, aparecen tres hombres inmortales, que han dado días de gloria a nuestra Patria: San Martín y Alvear con sus famosos *Granaderos a Caballo*, y Brown como primer almirante de la escuadra argentina.

Así fué que mientras la estrella de Belgrano palidecía por las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, infligidas por el general Pezuela, que mandaba a los españoles en el Alto Perú y la ocupación de Salta por los mismos, Brown derrotaba a la escuadra española frente a Martín García y Montevideo y bloqueba esta plaza, mientras Alvear, por tierra, derrotaba a las tropas de Vigodet y

Biblioteca Nacional de Maestros

entraba en Montevideo y desarmaba al ejército español allí refugiado.

San Martín estaba en Tucumán con su pequeño ejército, que hubiera quizá sido batido fácilmente por Pezuela, pero conociendo éste los triunfos de las armas de la



San Martín.

Patria en Montevideo, temió que le llegaran refuerzos a San Martín y desocupó la ciudad de Salta y se retiró hacia el Norte.

Desde este momento comienza a destacarse la figura grandiosa de San Martín.

Biblioteca Nacional de Maestros

como portaestandarte de la emancipación argentina y sudamericana.

En Mendoza organiza su ejército: hombres y mujeres le dan cuanto tienen para que nada falte a aquella primera falange de héroes que van a atravesar los Andes para libertar a Chile y al Perú y a unirse con las tropas del Libertador de Venezuela, para acabar del todo con el poder español en América.

Mientras San Martín organiza sus tropas y pelea con los españoles de este lado de los Andes, antes de atravesarlos para pasar a Chile, el Congreso de Representantes de todas las provincias argentinas reunido en Tucumán proclama la Independencia absoluta de nuestra Patria ante todas las naciones del Mundo; sanciona como bandera de guerra la de Belgrano con el sol en la franja blanca del centro y nombra Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, vale decir, Presidente de toda la República Argentina, a don Juan Martín de Pueyrredón, aquel joven patricio que organizó un ejército para libertar a Buenos Aires de los ingleses, conjuntamente con Liniers.

Al año siguiente, parte San Martín para

Biblioteca Nacional de Maestros

Chile, atraviesa como un cóndor los Andes con sus soldados, cañones y pertrechos a lomo de mula, derrota al ejército español en Chacabuco y entra triunfante en Santiago de Chile, se rehace después del desastre que

General O'Higgins.

le infligen los españoles en Cancha-Rayada y derrota definitivamente a las tropas realistas en Maipú, obligando a su jefe a huir al Perú por mar con un puñado de hombres.

Chile le debe desde ese momento su Inde-

Biblioteca Nacional de Maestros

pendencia, a la que concurrieron también sus patriotas con O'Higgins a su frente.

Dos años después San Martín organiza una escuadra y se embarca en Valparaíso con 4.000 hombres, para llevar las armas libertadoras argentinas al Perú, y el 9 de Julio de 1821, cinco años justos de la proclamación de nuestra Independencia, entra triunfante en Lima, centro de la dominación española, y declara que el Perú es *libre e independiente por la voluntad de los pueblos y por la justicia de la causa que Dios defiende.*

Después de su conferencia en Guayaquil con el Libertador don Simón Bolívar, San Martín le deja el mando y se retira a Francia, donde pasa el resto de sus días, creyendo que ha terminado su misión redentora de naciones.

Bueno, hijos míos, desde 1816 hasta 1820 en que cae el último Director Supremo y se disuelve la Confederación de las Provincias Unidas, es la parte más gloriosa de la Independencia, pero ya os he dicho que eso debéis leerlo en los libros de los historiadores.

Y desde aquí cada provincia comienza a gobernarse por su cuenta.

Biblioteca Nacional de Maestros

En 1825 tuvimos guerra con el Brasil y obtuvimos la victoria de Ituzaingó, y a raíz de ella la Banda Oriental del Uruguay fué proclamada estado independiente por mediación de Inglaterra, entre nosotros y los brasileños.

Juan Lavalle.

En 1828, Lavalle hizo una revolución, derrotó a Dorrego, que era el jefe del Gobierno Federal y lo mandó fusilar por su orden, dándole sólo una hora de plazo.

Este acto, que hemos reprobado en aquel heroico paladín de la Independencia, dió

Biblioteca Nacional de Maestros

lugar al primer entronizamiento del monstruo de la tiranía, que tuvimos que soportar hasta el 3 de Febrero de 1852 en que don Juan Manuel de Rozas fué derrotado por Urquiza en los campos de Caseros, viéndose obligado a huir a Inglaterra, donde acabó su vida olvidado por sus compatriotas y por todo el mundo.

En 1853 se dictó una Constitución por el Congreso reunido en Santa Fe, pero la provincia de Buenos Aires se negó a aceptarla y se separó de la Confederación hasta 1861 en que el general Mitre, que era gobernador de Buenos Aires, derrotó a Urquiza en Pavón y fué elegido Presidente de la República y Buenos Aires capital provisional de la República Argentina, cuyas provincias han quedado unidas indisolublemente bajo el imperio de la Constitución que nos rige actualmente.

Y no me preguntéis nada más, porque lo que os conviene ahora es leer muchos libros de historia.

Buenas noches.

Biblioteca Nacional de Maestros

LOS RELATOS DE PAPÁ

Como de nuestro abuelo no podíamos esperar ya más narraciones, comenzamos desde la noche siguiente a importunar a nuestro padre para que nos contara algunos de sus viajes.

Papá nos dijo: recordaréis que vuestro abuelo os manifestó que la historia de nuestro país se podía contar en pocas o en muchas palabras; pues bien: yo también os advierto que se necesitarían varias bibliotecas para referir las cosas que se ven actualmente en nuestra tierra, grande y próspera, libre y soberana, gracias al heroísmo y sacrificios sin cuento de nuestros antepasados.

Pero como yo no debo reemplazar a los maestros ni a los libros que os enseñan la geografía argentina, os relataré algunos viajes que he hecho y vosotros completaréis mis relatos leyendo esas obras que están en mi biblioteca, en la sección que dice: *Geografía;* donde encontraréis por millares narraciones hechas por viajeros que han

Biblioteca Nacional de Maestros

recorrido nuestro país en todas direcciones, guías para viajar por la República Argentina, mapas de todas sus provincias y territorios, colecciones de vistas de monumentos, paisajes, haciendas, campos sembrados, ríos, montañas, fábricas, ciudades y cuanto podáis desear conocer de nuestra grandiosa Patria.

Esta noche no será porque tengo que escribir y estoy algo cansado del trabajo del día, pero mañana, tal vez, pueda complaceros.

Id, pues, a preparar vuestros deberes, y hasta mañana.

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA DUODÉCIMA

LOS RELATOS DE PAPÁ

POR EL AGUA — VAMOS A CONCORDIA

Yo había terminado mis exámenes de fin de curso, satisfactoriamente. Mis padres, que siempre fueron cariñosos y supieron estimularnos cuando cumplíamos con nuestras obligaciones, me sorprendieron la tarde en que llegué a casa con mi certificado de promoción, con la siguiente noticia:

"Hijo: Lo que has hecho no es sino cumplir con tu deber, pero como nosotros creemos que a los buenos cumplidores se les debe recompensar, hemos resuelto que pases una parte de las vacaciones en casa de tu tío Antonio, no sólo para que te sirva de descanso, sino también porque un viaje de tal especie siempre te será útil, pues obtendrás, haciéndolo, varios conocimientos geográficos e históricos."

Les agradecí a mis padres la generosidad que tenían conmigo y me dispuse a partir, saltando de júbilo.

Biblioteca Nacional de Maestros

El viaje debía ser a Concordia, donde mi tío tenía un establecimiento de campo. Me dieron a elegir la vía que más me agradase, la terrestre o la fluvial, y como hasta entonces nunca había hecho un viaje por agua, me resolví por ésta.

Al día siguiente cargué con la valija y marché a las cuatro de la tarde a la Dársena Sur de Buenos Aires, en la que debía tomar un cómodo vapor de la Compañía de Mihanovich, acompañado del mayordomo del establecimiento de mi tío. Los vapores, las lanchas, los remolcadores, los trasbordos, los botes, los trabajadores marítimos todo daba a entender el importante movimiento comercial de la primera ciudad sudamericana.

* * *

El primer aviso de partir había sido dado. Me despedí de mis padres y hermanos, que habían ido a acompañarme, y subí a cubierta. ¡Oh, qué hermosa es Buenos Aires, con razón la llamó el poeta José Mármol "la Joya de la América Latina."

¡Sus edificios, sus torres, atraen al que parte, o a lo menos le hacen llevar en su corazón el recuerdo de su grandeza!

Biblioteca Nacional de Maestros

La segunda campanada sonó y el vapor, lentamente, se puso en marcha arrastrado por un remolcador. Las aguas serenas y lo diáfano del cielo aseguraban un tranquilo viaje.

* * *

Pasamos por la isla de Martín García y a las dos de la madrugada el vapor recaló en Gualeguaychú, uno de los catorce departamentos en que está dividida la provincia de Entre Ríos. Sus calles son rectas y bien pavimentadas, sus edificios de elegante estilo. Tiene plaza, iglesia, teatro y todos los elementos de que constan las ciudades adelantas.

* * *

Llegamos luego a Concepción del Uruguay, como a las seis de la mañana.

Concepción fué durante un tiempo capital de la provincia. Tiene una hermosa Catedral, Colegio Nacional, de cuyas aulas salieron personajes que contribuyeron más tarde a la grandeza del país: Escuela Normal de Mujeres, clubs atléticos y varias casas bancarias. Concepción del Uruguay

Biblioteca Nacional de Maestros

ha sido testigo de diversos acontecimientos históricos. En una distancia de más de cinco leguas hacia el Oeste, en el camino que lleva al Rosario, se halla el establecimiento de San José, que fué propiedad del general don Justo José de Urquiza, jefe del Ejército Grande, que el 3 de Febrero de 1852 derrotó en el campo de Caseros a las tropas del tirano don Juan Manuel de Rozas, al que llamaron sus secuaces "Ilustre Restaurador de las Leyes". En el mismo palacio fué asesinado el 11 de Abril de 1870 aquel patriota abnegado que tanto hizo por arrancar al país de las garras de la tiranía y por cimentar la unidad nacional.

En la iglesia parroquial se hallan depositados sus restos, y en la plaza Ramírez se ha erigido una pirámide para atestiguar la memoria del ilustre ciudadano que el 1.º de Mayo de 1851 aceptó la renuncia al tirano Rozas, aquel astuto usurpador que la presentaba anualmente a la Legislatura porque tenía plena seguridad de que sería rechazada.

Este acto de Urquiza fué el origen de la campaña que acabó con aquel hombre funesto que tanto mal hizo a la Patria, des-

Biblioteca Nacional de Maestros

terrando y asesinando con su instrumento, la terrible "Mazorca", a tantos argentinos ilustres.

* * *

Se arriba luego a Colón. Tiene un importante saladero, que ocupa más de 1.500 personas de diversos oficios. Esta fábrica está constituída como una verdadera villa; sus operarios, con sus respectivas familias viven en ella, que cuenta con escuela, correo y otros establecimientos. Una media hora antes de llegar a Concordia pasamos por la floreciente colonia de Yeruá, en cuyas llanuras un ejército unitario al mando del general Juan Lavalle, derrotó a las tropas federales de Rozas.

* * *

Unos minutos más de navegación y llegamos a Concordia.

El viaje fué tranquilo. ¡Nada más hermoso que navegar por el majestuoso Uruguay bajo un cielo límpido y sereno! Sus aguas azuladas rezongando bajo el peso del vapor, sus riberas coronadas de cipreses y cinacinas, las llanuras inmensas quebradas

Biblioteca Nacional de Maestros

a trechos por las pintorescas cuchillas, el ganado robusto que baja a beber, una que otra estancia que se encuentra aislada en la inmensidad de los verdosos campos, hablan al espíritu de leyendas viejas, de ejércitos revolucionarios y revoltosos, de luchas intestinas, de las guerras pasadas, de los insurrectos que tan pronto acampaban en territorio Oriental, como en suelo entrerriano. Esos campos, durante muchos años fueron testigos de luchas partidistas, algunas, altas y sagradas; bárbaras y caudillescas las otras.

Eran las cinco de la tarde, el río estaba bajo y fué necesario trasbordar. La entrada de la ciudad desmiente lo que dentro de ella se encuentra.

En conjunto; la ciudad de Concordia es bastante agradable. El tranvía de sangre parte de la Aduana; subiendo a él, se da una jira por los principales centros edificados del municipio. La construcción, sobria y moderna, se deja ver por todo el departamento, sobresaliendo como construcción valiosa el Banco de Italia y Río de la Plata, la Escuela Normal y el Club del Progreso. Su población es activa e industriosa y es por ello que

Biblioteca Nacional de Maestros

la Aduana concordianense ocupa el cuarto puesto entre las de la República Argentina.

Además de los Bancos ya citados, tiene sucursales de los de la Nación, Español del Río de la Plata y Londres.

Tiene varias plazas, entre las que merecen citarse la Nueva, agradable centro de reunión en los días de retreta; la de España, y la de San Martín con un monumento artísticamente ideado para perpetuar la memoria del Libertador de cuatro Repúblicas.

Entre sus principales hoteles se encuentran el Colón, España e Imperial.

Concordia tiene varias instituciones educadoras: Escuelas Nacionales y de dirección particular, una Escuela de Comercio y una Biblioteca Popular, que cuenta con valiosas obras. Saliendo un poco de la ciudad se advierte lo pintoresco de sus alrededores, sus viñedos abundantes y hábilmente cultivados, la belleza de sus terrenos ondulados, sus establecimientos modelos de agricultura y ganadería, que pueden competir con los mejores del país. Tiene, además, varias sociedades, clubs de juegos atléticos, iglesias, hospital y diarios.

Frente a Concordia se encuentra el Salto,

Biblioteca Nacional de Maestros

en la República del Uruguay, cuya presencia es espléndida porque se halla edificada sobre un cerro; se puede cruzar a conocerlo en lanchas que corren a cada instante y que cobran un real, o sean 25 centavos.

Los partidos de football entre orientales y argentinos, son allí muy frecuentes y ellos atraen a la población, que es muy aficionada a estos deportes.

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA DECIMOTERCERA

LOS RELATOS DE PAPÁ

EN VIAJE A TUCUMÁN — HACIA EL ROSARIO

Era una mañana espléndida de Abril, cuando mis hermanos y yo nos dirigimos a la estación Retiro, del Ferrocarril Central Argentino para ir al Rosario, donde se hallaba enfermo un pariente nuestro. A las ocho de la mañana llegamos a la estación con nuestros equipajes repletos de toda clase de provisiones y ropas, pues no era difícil que nuestro viaje se prolongara hasta Tucumán.

* * *

La estacion parecía un hormiguero humano. Los *changadores*, llevando sobre sus fortachos hombros enormes bultos, iban y venían; los viajeros, que presurosos llegaban a la boletería a tomar pasajes, grupos de personas rodeando a tal o cual señor que partía, todo era un bullicio en que — perdones y disculpas — se oían a cada instante

Biblioteca Nacional de Maestros

motivados por los tropezones que lo difícil del tránsito originaba.

Trenes locales que entraban y salían, las enormes locomotoras, los pitos de los guardatrenes, las carretillas rechinando por la carga que sobre ellas pesaba, aquello era una agitación perpetua.

Como la hora de la salida se acercaba, subimos al vagón después de despedirnos de nuestra familia, y esperamos a que el convoy se pusiera en marcha. A las 8,40 el inspector tocó una campana, el encargado del tren hizo sonar un pito y en seguida se puso en marcha. El guarda hizo una seña con su banderita y la máquina contestó con un silbido.

* * *

Entre mil adioses, cambiamos los últimos con los nuestros y aun después, asomados por la ventanilla, hacíamos señas con el pañuelo.

A poco andar, mi atención fué atraída por el majestuoso río de la Plata, sobre cuya superficie se veían un sinnúmero de pequeñas embarcaciones que parecían blancas gaviotas, cuya mayoría hacía el comer-

Biblioteca Nacional de Maestros

cio con las islas del Delta del Paraná. A una altura de diez metros sobre el nivel del mar pudimos divisar el hermoso bosque de Palermo, festoneado con sus pomposos paseos, que le dan una esplendidez sumamente encantadora.

* * *

Los campos de deportes, la Sociedad Sportiva, donde se efectuaban en los días patrios los desfiles militares; el Parque Tres de Febrero, obra benemérita del ilustre educador don Domingo Faustino Sarmiento; el Hipódromo, con sus caballos de sangre y sus lujosas tribunas, todo se une para hacer ameno y agradable la distancia que tan pronto recorre el ferrocarril.

* * *

En seguida estamos en Belgrano, donde el elemento inglés se nota por el estilo arquitectónico de sus construcciones. Luego viene Villa Urquiza, paraje sumamente vistoso, así como el pueblo de San Martín, en el que se halla instalado el Colegio Militar. La estación que sigue es Villa Ballester, la última de las suburbanas.

Biblioteca Nacional de Maestros

* * *

Rápidamente pasamos por Pacheco, en el renombrado talar del mismo nombre y que es propiedad de la familia de Pacheco y Anchorena.

Luego de cruzar por Benavides e Ingeniero Maschwitz llegamos a Escobar, que presenta un verdadero contraste con los pueblos citados, pues es una región exuberante y rica en vegetación. Después de transitar una hora por un terreno ondulado y atractivo que se extiende hacia el caudaloso río de la Plata, terreno en el cual pastorea un buen número de animales, nos encontramos en Campana, cuya reputación de ciudad adelantada y de porvenir es bien merecida. Tiene un precioso puerto sobre el Paraná, de suma importancia para el cabotaje. Su numerosa población, su hospital, la sucursal del Banco de la Provincia, su lujoso hotel y sus establecimientos industriales auguran a Campana un futuro envidiable. A las orillas del Paraná se extienden chacras minuciosamente cultivadas que embellecen los alrededores de la villa.

Biblioteca Nacional de Maestros

* * *

Lindando con Campana se halla Zárate, ciudad que posee una importante fábrica de papel llamada "La Argentina"; tiene una sucursal del Banco de la Nación y otra del Español del Río de la Plata; el hospital de Nuestra Señora del Carmen, y el Club del Progreso, al que se halla afiliado lo más culto de la población.

Después de recorrer una larga distancia en que se nota la exuberancia del lino y del maíz y la inclinación de sus habitantes a la agricultura, llegamos a Baradero.

* * *

San Pedro es otro pueblo importante, cuyos principales artículos de exportación, son: cereales, cueros y lanas. Tiene sucursales de los Bancos de la Nación y Español del Río de la Plata. Entre sus principales hoteles son dignos de mención el Plaza Hotel y Sportsman; posee también dos importantes hospitales.

Después de pasar por las estaciones de Castro, Paraíso, Ramallo y Sánchez llegamos

Biblioteca Nacional de Maestros

a la histórica ciudad de San Nicolás de los Arroyos, a la que fueron invitados por el general don Justo José de Urquiza los gobernadores de las provincias con objeto de designar el lugar dónde debería reunirse la Asamblea, que en el año 1853 dictó la Carta Fundamental de la Nación. San Nicolás, rodeada de encantadoras islas, dista cuarenta y cinco leguas de Buenos Aires, pero esta distancia no dificulta que esté en continua comunicación por su abundante red ferrocarrilera con la Capital de la República.

Luego de pasar por Constitución, Areco y Alvear llegamos al Rosario, punto que había motivado aquel nunca bien ponderado viaje.

ROSARIO

Llegamos a casa de nuestro pariente y nos alegró mucho el encontrarle restablecido. Luego de las preguntas de práctica fuimos invitados a dar un paseo por la ciudad, lo que aceptamos gustosos, como es de imaginarse.

Rosario, que por su importancia comercial y población ocupa el segundo puesto entre las ciudades de la República, me fué

Biblioteca Nacional de Maestros

sumamente agradable y puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que es una "Buenos Aires chica". Sus edificios son, en su mayoría modernos, pues la arquitectura colonial ha ido desapareciendo rápidamente y se han destacado victoriosos, como prueba de civilización y de progreso.

Sus calles son rectas, espaciosas y prolongadas y están cruzadas por diversas líneas de tranvías, tan perfeccionados como los de Buenos Aires e iluminadas por focos de luz eléctrica. Su puerto, cuya importancia la debe en gran parte a que les es forzoso anclar en él a todos los vapores que trafican con el litoral, ha sido ampliamente ensanchado. Su construcción está asentada sobre la margen derecha del río Paraná, a cuyo frente están las históricas baterías "Libertad" e "Independencia", lugar donde el virtuoso general don Manuel Belgrano enarbolara por primera vez la bandera argentina, aquel egregio pabellón, que símbolo augusto de su gloria, lleva estampado en su blanca frente un beso sempiterno de amor y de justicia dado por los cielos.

Hacen también que el Rosario presente todos los refinamientos de una ciudad moderna,

Biblioteca Nacional de Maestros

sus admirables bulevares: tales, como el Argentino, Santafecino, Pellegrini, Oroño, los que se hallan siempre concurridísimos. Con sólo transitar por sus calles se notará el ambiente de un centro económico donde el comercio exterior es enorme. Entre sus principales calles son de mencionarse: la de San Martín, en la cual se encuentran los Bancos de la Nación, de Londres y Río de la Plata, Británico de la América del Sud, Español del Río de la Plata, Provincial de Santa Fe y otros, el Club Francés e importantes casas comerciales. En la calle General Mitre se hallan los teatros Olimpo, Politeama y de la Comedia, el Club Italiano y el hospital del mismo nombre. En la de San Lorenzo se encuentran instalados los hoteles Royal y Americano, de lujosas comodidades, el Banco Francés del Río de la Plata y el teatro Variedades. Tienen tanta importancia como las mencionadas, las de Libertad, Urquiza, Córdoba, Corrientes y otras muchas que no he logrado retener en la memoria, pero en las cuales se nota una profusidad de cafés, biógrafos, restaurantes y comercios de diferente índole, que hacen que el movimiento mercantil sea perpetuo. Su población, que se-

Biblioteca Nacional de Maestros

gún los últimos datos estadísticos pasa de 200.000 almas, es de una cultura exquisita. Entre los numerosos edificios públicos que posee, son dignos de recordar: el Palacio de Justicia, obra soberbia que se destaca entre la edificación rosarina; el Colegio Nacional, la Municipalidad, la Catedral, el Departamento de Policía, construídos los tres últimos en la plaza 25 de Mayo; el Palacio de Bellas Artes en la calle Libertad; la Bolsa y los Tribunales en la plaza San Martín; la Refinería Argentina, de tanto renombre, que ocupa un personal de 800 obreros y produce diariamente 250.000 kilogramos de azúcar; el teatro Olimpo, el Mercado Central y la Aduana. Tiene varias Escuelas Normales, Colegios Industrial, Comercial y Nacional con todos los requisitos necesarios para su buen funcionamiento.

Una vez terminadas sus obras portuarias, el Rosario seguirá siendo con más razón la primera ciudad de la provincia de Santa Fe, pues su progreso seguirá siempre una escala de aumento no sólo por su vía fluvial sino también por sus redes ferrocarrileras, que la ponen en comunicación con todos los puntos más importantes del país.

Biblioteca Nacional de Maestros

El Parque Independencia es un centro de amable reunión, al que concurre todo lo más selecto de la sociedad rosarina.

Sus monumentos al héroe que abrió en la cumbre de los Andes los brazos protectores de la bandera de la Patria; al secretario de la Junta Revolucionaria, doctor Mariano Moreno; al creador del Pabellón Argentino y al preclaro varón don Bernarnardino Rivadavia, son verdaderas obras de arte de cuantioso valor que enaltecen a la hermosa ciudad en la cual nos sentimos altamente satisfechos, porque a la vez de ser una fuente de riqueza nacional está dotada de las más variadas diversiones.

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA DECIMOCUARTA

LOS RELATOS DE PAPÁ

CON RUMBO A CÓRDOBA

Una mañana al despertarme, mi hermano me sorprendió con la grata noticia de que haríamos el viaje a Tucumán, previa una parada de ocho días en Córdoba, pues tenía deseos de hacer una visita a un compañero de la infancia. A Córdoba podíamos llegar por dos líneas: la del Central Córdoba o la del Central Argentino. Nos decidimos a emprenderlo por esta última.

Tomamos el tren. Las comodidades de este ferrocarril son envidiables. Tiene sus salones dormitorios y comedor, con todos los requisitos necesarios para hacer cómodos los viajes largos. Después de pasar por varias estaciones, como Ludueña, San Jerónimo, Roldán, Carcarañá y otras de menos importancia, llegamos a Cañada de Gómez, punto que constituye uno de los lugares más ricos de Santa Fe por la agricultura adelantada y el desarrollo de sus

Biblioteca Nacional de Maestros

ganados. Su población, de unos 10.000 habitantes, su corta distancia del Rosario de la que distá unos setenta kilómetros, le facilita un progreso rápido. Cabeza del partido del mismo nombre tiene hoteles, hospital y una sucursal del Banco de la Nación. Después de atravesar las villas de Trojas, Armstrong, General Roca, lugares dedicados a la ganadería y agricultura, llegamos a Marcos Juárez, el más importante de los pueblos mencionados, por sus establecimientos agrícolas. Después de pasar por Leones, San Marcos, Monte Leña, centros de colonización de regular importancia, llegamos a Bell-Ville, que después de la Capital y Río Cuarto es la ciudad más importante de la provincia cordobesa. Su edificación sobre el Río Tercero, a una altura de 130 metros, le da un aspecto hermoso. Es un centro fabril de suma importancia, tiene dos Bancos, clubs sociales y atléticos, hospital, hoteles, una Escuela Normal y una población de 12.000 habitantes. Bell-Ville ha sufrido tres cambios de nombre: el primitivo fué Fraile Muerto, el que cambió luego por San Jerónimo, hasta que el Gobierno Nacional, en el año 1870, durante la presidencia del

Biblioteca Nacional de Maestros

general Sarmiento, como acto de homenaje y de justicia decretó que se llamara Bell-Ville recordando a su primer colonizador Bell. Un venerable viejecito ya centenario y que pide limosna a la llegada de los trenes, nos refirió que en el año 1831 el coronel Pacheco había batido en ese paraje a las tropas del general Perdenera.

La vista sigue contemplando el hermoso paisaje que presentan las llanuras, los animales, la vegetación, y llegamos luego de atravesar tres estaciones de regular importancia a la ciudad de Villa María, cuya edificación de estilo moderno es de suma elegancia, de mucha actividad mercantil y cabeza del departamento de Tercero Abajo. De aquí el tren remonta hacia el Norte y después de cruzar varios pueblos llegamos a Oncativo, lugar histórico en cuyas llanuras el general José María Paz, el 25 de Febrero de 1830 derrotó a Juan Facundo Quiroga, llamado el Tigre de los Llanos, después de un violento choque. De las estaciones que a continuación encontramos, la más importante es Río Segundo, y pasando por Toledo y Ferreyra llegamos a la docta ciudad de Córdoba.

Biblioteca Nacional de Maestros

CÓRDOBA

Me habían ya hablado de la solemne majestad de la ciudad de Córdoba; en aquel centro de cultura se educaron los hombres más eminentes que dieron más tarde brillo a la nacionalidad argentina. Estábamos ansiosos por llegar y el viaje nos parecía largo, pero al fin el movimiento de los pasajeros y la preparación de los equipajes, nos dieron indicios de que ya debíamos de estar cerca. Durante el viaje nos hicimos amigos de un joven estudiante cordobés llamado Julio Ramos, el que, al enterarse de nuestro interés en conocer su ciudad natal, se nos ofreció galantemente y prometió venir a buscarnos al día siguiente para hacer en su compañía una recorrida por la ciudad y las villas del rededor. Al llegar, tomamos un coche que nos llevó a casa del amigo de mi hermano. Después de los saludos afectuosos que ocasionan la ausencia y la distancia, pasamos a un dormitorio en el que nos mudamos de traje, pues el viaje lo había puesto en mal estado.

Al día siguiente el compañero de viaje se presentó, como nos lo había prometido. Cór-

Biblioteca Nacional de Maestros

doba está cruzada por diversas líneas de tranvías que la ponen en comunicación con las villas vecinas. Escalando una altura natural pudimos ver que Córdoba está edificada en una hondonada situada sobre el río Primero. En otro tiempo estuvo la ciudad expuesta a frecuentes inundaciones, por lo que fué necesaria la construcción del dique San Roque, obra monumental que contiene un enorme caudal de agua y que es de las de su especie la más colosal que se ha construido en el país.

Nueva Córdoba, en la que se nota el arte de la construcción moderna, tiene un aspecto sumamente agradable con sus calles anchas y bien pavimentadas. No sucede lo mismo con la ciudad vieja, en la que se nota el sello español que los fundadores imprimieron a los edificios en la época colonial. El aspecto ceremonioso de la ciudad lo quiebran la Nueva Córdoba y las villas circunvecinas, puntos de recreo en los que la Naturaleza ha depositado todo su gusto artístico. Córdoba tiene cinco plazas, la principal es la de San Martín, en cuyo derredor la arquitectura vetusta no ha sufrido modificación alguna. La del general Paz, que contiene una estatua ecues-

Biblioteca Nacional de Maestros

tre al pundoroso militar que, al ser amonestado en Ituzaingó por el general Alvear a causa de no cumplir una orden dada, se lanzó heroicamente contra masas compactas de enemigos, embistiendo de nuevo al ser rechazado y que, al ser reprendido nuevamente por el general en jefe y preguntado: — ¿Sabe usted, coronel, a cuántas fuerzas enemigas ha cargado?—contestó en tono sencillo: —"¡A cuantas tenía a mi frente, general!" Al varón heroico que sobre el campo de la lucha recibió en compañía de Lavalle después de la reprimenda las charreteras del grado inmediato superior. La plaza Vélez Sársfield, también con un monumento erigido al gran jurisconsulto y parlamentario cordobés, autor del Código Civil Argentino, monumento que goza fama de ser el más valioso del país. Las plazas Colón y España. Entre los grandes y numerosos edificios con que cuenta la capital cordobesa, son dignos de mencionarse: la Universidad, que fué fundada por el obispo Trejo y Sanabria y en cuyo patio se ha levantado una estatua a su memoria.

En esta Universidad, cuya creación se remonta al siglo XVII, estudiaron los personajes más descollantes que con amor y patriotismo

Biblioteca Nacional de Maestros

hicieron de nuestra nacionalidad una obra magna. El teatro de Rivera Indarte, en la avenida Vélez Sársfield, cuya construcción y comodidad lo ponen a la cabeza de los mejores coliseos del país.

La Catedral es un monumento tan hermoso, que siente uno la necesidad de ponderarlo como lo merece. Al entrar en ella me sentí invadido por cierto solemne respeto, y después de echar una detenida ojeada a su altar mayor y a los donativos con que la sociedad ha contribuído a sus primores, salí impresionado de ese templo en el que la mano del hombre puso todo su ingenio para su construcción.

El Observatorio Astronómico, inaugurado en el año 1871. El hermoso Palacio Municipal, el Hospital de Niños, merecen mención especial. Tiene casas de baños y dos Hipódromos. Entre sus numerosos Bancos recuerdo: el de la Nación Argentina, el Alemán Trasatlántico y el Provincial, cuya edificación puede competir con las más valiosas. La prueba más concluyente de que la población cordobesa es muy entusiasta por la lectura, la conocí al tener conocimiento que se publican en la ciudad

Biblioteca Nacional de Maestros

seis diarios y varias revistas científicas. La Sociedad de Beneficencia, a cuyo fomento contribuyen con su peculio las damas de Córdoba, patrocina varios asilos ocupados por niños inválidos y pobres. Entre sus principales hoteles recuerdo: el Plaza Hotel y el gran Hotel Victoria. No nos fué difícil saber el porqué tan desarrollada se halla la cultura en Córdoba al enterarnos de los numerosos centros científicos con que cuenta. Tiene cuatro Museos repletos de costosos ejemplares. La biblioteca más meritoria es la de la Universidad, poseedora de más de 30.000 volúmenes escritos en diversos idiomas. Además funcionan las Facultades de Derecho, de Medicina, Ciencias Exactas y Físico-Naturales, Colegio Nacional, Escuelas Normales y Academia Nacional de Ciencias y de Bellas Artes, instalada en un salón del teatro Rivera Indarte. Entre sus numerosos centros sociales el Club Social es el más importante, por hallarse a él adherida la más alta sociedad; le siguen el de Gimnasia, el Jockey Club y el Tiro Federal Suizo, los que se ven siempre concurridos por múltiples aficionados.

Biblioteca Nacional de Maestros

Tiene dos hermosos parques, con especialidad el de Nueva Córdoba, al que se llega por la Avenida Argentina. Trepando a él es algo sublime contemplar los diversos y poéticos panoramas, las quintas rebosando de verdor, los árboles variados y frondosos. Al Norte de la ciudad se levanta el no menos hermoso parque de Las Heras, regado por las aguas del rio Primero.

Entre sus avenidas, las más atractivas son las de: General Paz, Vélez Sársfield, continuación de ésta, y Argentina, bien pavimentadas, cuyos costados se hallan bordeados de hermosos árboles.

El bulevar Sobremonte, creado por el el virrey del mismo nombre, es el paseo más pintoresco y su mayor adorno consiste en un lago de cien metros de ancho, en cuyo seno nadan millares de blancos cisnes, los que, con su rico plumaje, deleitan al contemplarlos. Paseé en bote por sus aguas, lo que me fué, en suma, agradable.

Visité también las villas circunvecinas, a las que concurre en la primavera la gente acomodada de la ciudad. Y no en vano lo hace, pues el clima es delicioso y saludable, y suelen con frecuencia volver de esos para-

Biblioteca Nacional de Maestros

jes, sanos y buenos, los convalecientes que en busca de salud acuden a esas quebradas y cuchillas, donde el aire es tan puro y agradable. ¡Oh, con qué gusto hubiera pasado toda mi vida disfrutando de la tranquilidad de esos parajes serranos! San Vicente, Las Rosas, Nueva Córdoba, General Paz guardan muchos secretos para los que no los han visitado.

Córdoba tiene una población de más de 120.000 habitantes. Sus edificios, muchos de los cuales son verdaderos palacios, hace que sea una ciudad adelantada, cuyo progreso marcha a su perfeccionamiento. Si bien Córdoba conserva la fisonomía de la época colonial, la Nueva Córdoba, edificada a su lado, contiene todo lo que ensalza a las ciudades modernas. Además, tiene la ventaja de que está edificada sobre una elevada barranca.

La impresión más agradable de mi viaje —fué, quizá, —el encuentro que tuvimos una tarde con un simpático anciano, cuyos plateados cabellos le denunciaban una edad avanzada.—¿Señores, ustedes han de ser forasteros, seguramente?,—nos dijo. Efectivamente, y unos forasteros algo curiosos,—le contesté,—mientras dirigía mi vista a una

Biblioteca Nacional de Maestros

edificación vetusta que comprendí hubo de haber sido habitada en otro tiempo por alguna persona de posición.

—¿No me podría decir usted quién ha morado en esa vivienda?—le pregunté. El venerable viejecito lanzó una mirada triste hacia el edificio, y me respondió:—Sí, eso tiene su historia.

Y me contó su historia en la forma siguiente:

El 25 de Julio, una escuadra inglesa, al mando del brigadier Carr Beresford con mil trescientos y pico de hombres, desembarcó en las playas de Quilmes en la provincia de Buenos Aires. A la sazón era virrey el marqués de Sobremonte, hombre cobarde y mandatario inútil que, sintiéndose inepto para encabezar una resistencia, abandonó la ciudad de Buenos Aires. Aquel pueblo de valientes, que prefería morir antes de ver ultrajado por la dominación extranjera el suelo patrio, no desmayó ante el abandono de su gobernante y se propuso hacer la resistencia, esas resistencias heroicas que fueron siempre el sello indeleble de esta raza de triunfadores. Así fué, y el pueblo en masa rodeó al capitán de navío Santiago

Biblioteca Nacional de Maestros

Liniers que, aunque francés de nacimiento, formaba parte de la marina española. El 11 de Agosto el general Liniers se apoderó del Retiro y el 12 las fuerzas patriotas se lanzaron por las calles que llevaban a la plaza principal, donde estaban establecidos los invasores, y como leones atropellaron a las tropas inglesas a las que vencieron después de una gloriosa jornada, en la cual el alma criolla mostró al mundo su temple hercúleo hasta la temeridad.

Beresford izó bandera de parlamento y entregó, además de sus banderas y estandarte, los pertrechos de guerra. Y mientras esta jornada se llevaba a cabo en Buenos Aires, mientras el pueblo peleaba estoicamente por la soberanía de su suelo, en ese edificio estaba vilmente escondido el virrey Rafael de Sobremonte. El anciano vertió otros conceptos elocuentes sobre el virrey, que tan cobardemente olvidó sus deberes, y terminó mirando con conmovedora repugnancia aquel edificio que había sido propiedad y morada del penúltimo virrey español de la grandiosa Buenos Aires.

Biblioteca Nacional de Maestros

VELADA DECIMOQUINTA

LOS RELATOS DE PAPÁ

A LA CASA DEL CONGRESO

Era un día precioso cuando tomamos el tren que nos debía conducir a la histórica ciudad de Tucumán. Mi corazón palpitaba ansioso por conocer a la gloriosa capital, que tantos recuerdos encierra. Tenía deseos fervientes por visitar la venerable casa del Congreso, en cuyo recinto se oyó el eco conmovedor de tantas voces y la elocuente frase de fray Justo Santa María de Oro: "que para proceder a declarar la forma de gobierno era preciso consultar a los pueblos, y que en caso de procederse sin aquel requisito se retiraría de la asamblea."

Después de pasar por las villas de Guiñazú, Juárez Celman y General Paz llegamos a Jesús María, de elegante edificación así como sus calles. Tiene Iglesia y Municipalidad a la vez que diversos clubs. Cerca de Jesús María se encuentra el ameno y agradable pueblecito de Ascochinga, en donde, lo

Biblioteca Nacional de Maestros

sano del clima, aglomera en las estaciones veraniegas a lo más distinguido de la sociedad cordobesa que pasa en Ascochinga horas tranquilas y gratas, pues edificada sobre un cerro, hace que de ella se dominen las pintorescas llanuras que la rodean.

El tren sigue su ruta, siempre en dirección al Norte, pasando por Sarmiento y Avellaneda, hasta que llegamos a Deán Funes, nombre que atestigua la memoria del patriota de la Revolución de Mayo, sostenedor de las ideas conservadoras, grupo que discordaba con los ideales democráticos sostenidos por el doctor don Mariano Moreno.

Después de cruzar por Quilino y San José llegamos a las Salinas Grandes, las que se hallaban cubiertas de sal que las épocas de sequías ocasionan.

Totoralejos, en la frontera santiagueña, es la última estación del ferrocarril en suelo cordobés. Luego de cruzar la línea limítrofe entre Santiago y Córdoba, la primera estación que llegamos es Recreo. Después le sigue Frías, Tapso, Lavalle y La Madrid, últimos dos nombres que tienen un pasado histórico, de los cuales en medio de la conversación que ocasionan estos viajes, un

Biblioteca Nacional de Maestros

señor de aire distinguido me refirió varias anécdotas muy hermosas que sería una mezquindad no las relatara a mis lectores. Más o menos me habló así: Lavalle, fué uno de los oficiales más valientes del ejército de la Patria. A su talento militar unía una bravura estoica. De él, dijo San Martín: "Lo que Lavalle haga como valiente, muy raro será el que lo imite, y el que lo exceda ninguno". Fué campeón en Yerú, Quebracho Herrado, Sauce Grande, Hamaillá y otras gloriosas cruzadas. Mártir de la libertad, su vida fué la lucha, ya en los encuentros redentores de la Independencia, ya en las fatigosas campañas de la tiranía.

Cuenta la tradición, que después de la inmortal jornada de Maipú un escuadrón de granaderos a su mando, entonces era capitán, después de una porfiada persecución, tomó prisionero al coronel Morgado, oficial realista. Al hacer entrega éste de su espada lo hizo equivocadamente, y al comprender que en las manos de quien la debía depositar era en las del joven capitán Juan Lavalle, exclamó admirado: "¡Tan joven y tan valiente! ¡Digno hijo a fe mía, de una raza de leones! Yo, vencedor en múltiples com-

Biblioteca Nacional de Maestros

bates de los veteranos del imperio napoleónico, me siento menos desgraciado teniendo que entregar mi espada de vencido a unos soldados tan nobles y valientes!"

En Moquegua tuvo que cubrir la retirada de los soldados patriotas el veterano escuadrón de granaderos, los que, contra la costumbre, tuvieron que dar las espaldas al ejército realista.

En medio de la retirada un soldado balbuceó el nombre del general Necochea, asegurando que con él al frente la retirada no se hubiera verificado así. Lavalle, que sintió los puazos de aquellas palabras, herido en su amor propio de patriota y de valiente, exclamó: "Nadie hace falta aquí donde hay un hombre de tanto corazón como Necochea". Y dando orden de dar frente al enemigo, cargó como siempre... ebrio de valor y patriotismo; con esas cargas arrolladoras que le distinguieron.

Lavalle engarza toda una época nacional y siempre donde se requirió su espada estuvo cuadrado. Nació en Buenos Aires el 20 de Octubre de 1797 y cuando imposibilitado para seguir guerreando se dirigía al destierro, la

Biblioteca Nacional de Maestros

bala de un secuaz de Rozas lo mató en Jujúy el 9 de Octubre de 1841.

La Madrid, así como Lavalle, fué un valiente, hijo de Tucumán: fué uno de los generales que asistió a más encuentros. Guerrillero esclarecido supo defender siempre la causa de la Patria, y su nombre ilustre adorna la acrisolada falange de los héroes argentinos.

Después de un sangriento encuentro, La Madrid fué herido en varias partes de su cuerpo por los soldados de Quiroga, que lo abandonaron en el campo de la acción creyéndolo muerto.

Los soldados de La Madrid, que llevaban inculcados en sus corazones la generosidad y valentía de su jefe, creyeron indigno el dejar abandonado al enemigo su cadáver y se dispusieron varios de ellos a salir en su busca.

Al acercárseles, La Madrid, que no había muerto debido a su constitución de acero, al sentir pasos, confundiendo a los suyos con sus contrarios y en medio del delirio y falta de conocimiento que le ocasionaron sus heridas, exclamaba: "¡No me rindo, no me rindo!..."

Biblioteca Nacional de Maestros

Otro de los rasgos característicos de La Madrid, era el ser cantor. Solía improvisarles a sus tropas y con estrofas ardientes conmover sus corazones, tocando sus fibras sentimentales, sacando así de cada uno de sus soldados un verdadero héroe. La pericia de La Madrid es fácil conocerla con este acto: Cuando marchaba a Charcas, se apoderó de un documento en que el gobernador de Potosí avisaba al Presidente Vivero el envío de refuerzos.

Mientras continuaba su marcha meditó La Madrid, y un plan talentoso dió los mejores resultados. Al remontar las alturas del Cachimayo, un oficial le aseguró que por el mismo camino se acercaba una soldadesca al parecer realista.

El entonces mayor La Madrid, seguro ya de que el pelotón era enemigo, le comunicó al subalterno que le había dado la noticia que pronto sería aprisionado sin necesidad de derramar sangre ni hacer uso de las armas.

Sin decir más palabras avanzó solo, mientras poniendo en movimiento un pañuelo blanco, gritaba: "Bajen ustedes, compañeros, somos el auxilio que les envía el gobernador de Potosí". Crédulos éstos, apuraron sus

Biblioteca Nacional de Maestros

cabalgaduras para reunirse al que daba tal noticia y hasta dió la coincidencia que el coronel López, jefe de las fuerzas españolas, lo confundiera con un tal Ostría. "Está usted equivocado, señor, yo no soy Ostría" —replicó La Madrid.

Disculpóse López y al querer enterarse del nombre del jefe de las fuerzas, recibió con tremenda boca la siguiente contestación: "El comandante es aquí don Gregorio Aráoz de La Madrid, y están ustedes hablando con él."

El jefe realista quedó como si hubiera recibido una ducha de agua fría y se dispuso a entregar la espada. Como la inquietud se dejó sentir en la tropa, le habló así al comandante: "Guarde su espada, coronel, sígame donde yo vaya y obedézcame en todo, piense que en ello va su vida". Y poniéndose a su lado le dijo que ordenara a su tropa a que le siguiese, estando así al poco tiempo aprisionado el escuadrón por aquellos a quienes habían creído sus compañeros. Pudo vencer por las armas, pero lo creyó mejor La Madrid por la astucia, demostrando con este proceder las dotes que enaltecen sólo a los grandes batalladores.

Biblioteca Nacional de Maestros

Mientras escuchaba tan agradable disertación, cruzábamos por Pinoca, Río Colorado, Bella Vista y Río Lules, en cuyo paraje fué muerto a balazos por el teniente coronel Gabino Robles, el general Alejandro Heredia, el 12 de Noviembre de 1838, a consecuencia de que un día, ebrio dicho general, lo había abofeteado en Salta.

La última estación en que hicimos escala fué San Felipe, después de la cual llegamos a la hermosa ciudad tucumana.

TUCUMÁN

Los vibrantes nombres de "Cuna de la Libertad" y "Sepulcro de los tiranos", hace que al visitar a Tucumán tenga por ella un respeto místico y un amor inconmensurable.

La histórica ciudad, que a la vez que gratos encierra también funestos recuerdos, atestigua sobre todo una raza de valientes...

Edificada sobre un agradable cerro, con sus picachos cubiertos de nieve explayados hacia el Norte, hacen de Tucumán un verdadero "Edén Americano", como poéticamente la llamó Sarmiento. A la construc-

Biblioteca Nacional de Maestros

ción antigua la suple rápidamente la moderna, que hará de Tucumán una de las ciudades más hermosas.

Sus calles, todas perfectamente pavimentadas de madera, anchas algunas, angostas otras, rectas en su mayoría, son cruzadas por un excelente servicio de tranvías. El río Salí baña sus cimientos, haciendo con su cauce majestuoso más delicado el paisaje. Está alumbrada a electricidad y provista de un buen servicio de aguas corrientes. Entre sus plazas sobresale la de Belgrano, en cuyo centro se eleva un monumento alegórico a la batalla de Chacabuco, librada el 12 de Febrero de 1817 contra las fuerzas realistas al mando de Maroto, y en la que el general San Martín, desplegando todo el ingenio de su temple, al frente de sus patriotas, después de una memorable jornada las puso en completa dispersión tomándoles 600 prisioneros, pertrechos de guerra y estandartes, después de haberles ocasionado con su empuje una baja de 500 hombres. Además, fué escenario de la inmortal cruzada del 24 de Septiembre de 1812, en que el heroísmo argentino suplió al número y Tristán fué completamente derrotado, dejando en el cam-

Biblioteca Nacional de Maestros

po de la pelea muchísimos prisioneros a la vez que armamentos, banderas y 450 heridos. Belgrano, atribuyendo este triunfo a un milagro de la Virgen de las Mercedes, al entrar vencedor en la ciudad y viendo que una procesión llevaba en andas a la mencionada Virgen, en acción de gracias depuso el bastón de mando y los estandartes tomados, en sus manos, los que se conservan en la iglesia de la Merced y constituyen uno de los más legítimos orgullos del pueblo tucumano, sin amenguar que lo son también de todo el pueblo argentino.

La plaza Independencia tiene un hermoso jardín, inteligentemente cuidado, y valiosas pilas que la adornan. Tiene erigida una estatua al vencedor de Tucumán y Salta, y es centro de reunión de las familias que en ciertos días de la semana concurren a escuchar la banda de música y a recrearse por sus curiosos caminos respirando el delicado perfume exhalado por las flores que profusamente se desprenden de las plantas allí sembradas. Además de encontrarse rodeada por los más importantes edificios, guarda esta plaza su leyenda. En su seno, clavada

Biblioteca Nacional de Maestros

en una caña, estuvo por más de setenta horas, la cabeza del patriota Avellaneda, el glorioso tucumano que en una proclama alzara la voz de la protesta excitando a la guerra contra los tiranos con los conceptos más fogosos que puedan haberse hilvanado jamás. La de San Martín, Urquiza, Alberdi y La Madrid constituyen las plazas restantes.

No sólo Tucumán es grande por sus tradiciones sagradas; tiene gran importancia comercial y económica, como lo atestiguan sus muchísimos Bancos, tales como el Alemán Trasatlántico, el de la Nación, el de la Provincia, el Español del Río de la Plata y el Hipotecario Nacional; sus hoteles Europa, Savoy y París, esmeradamente atendidos; sus edificios públicos, muchos de los cuales no desempeñarían un mal papel ubicados en la ciudad de Buenos Aires; tales como la iglesia Matriz, el templo de Santo Domingo, el teatro Alberdi, el Palacio de Gobierno, las estaciones ferroviarias, el Hospital de Niños y otros muchos, entre los cuales se encuentran varios edificios escolares, el Seminario y la Cárcel, el Mercado y el Cuartel de Bomberos.

Biblioteca Nacional de Maestros

Entre sus hermosos paseos son dignos de nombrarse: el Parque Centenario, a orillas del río Dulce; el Jardín Zoológico, el Pueblo Nuevo y el encantador paraje denominado Montes de Naranjos. Los alrededores son agradables y pintorescos. Entre sus principales avenidas se encuentran las de Mate de Luna, a cuyos flancos se levantan robustos y frondosos árboles que dan sombra al transeunte; Carlos Pellegrini y Benjamín Aráoz. Tucumán, además de las muchas escuelas públicas tiene una Escuela Normal, Colegio Nacional e Institutos particulares. Su población, que excede de 95.000 habitantes, tiene para instruirse dos valiosas Bibliotecas: "Sarmiento" la una y "Alberdi" la otra. La Biblioteca Sarmiento ostenta más de 12.000 volúmenes, entre los cuales se revisan las más instructivas obras que ha podido idear la inteligencia humana.

Sus calles se hallan siempre concurridísimas, como que es uno de los emporios más importantes del país. La arquitectura moderna conquista rápidamente el gusto de sus pobladores y Tucumán llegará a ser con el tiempo uno de los centros más importantes entre los pueblos de la República.

Biblioteca Nacional de Maestros

LA CASA HISTÓRICA

Con este nombre conocemos los argentinos el recinto en que se proclamó la Independencia Nacional. La vieja y modesta vivienda se conserva intacta desde el 9 de Julio de 1816, en que los congresistas, con dicha proclama, inmortalizaron sus nombres, dejándolos esculpidos en la historia patria para veneración de las generaciones venideras. El acta legendaria, que deben venerar por los siglos de los siglos los corazones argentinos y todos los hombres del mundo que quieran habitar nuestro suelo, se expresa así:

"Nos, los Representantes de las Provincias Unidas de Sud América, reunidos en Congreso General, invocando al Eterno que preside el Universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, a las naciones y hombres todos del Globo la justicia que regla nuestros votos: declaramos solemnemente a la faz de la Tierra, que es voluntad unánime e indubitable de estas Provincias, romper los violentos vínculos que la ligaban a los Reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas, e investirse

Biblioteca Nacional de Maestros

del alto carácter de una nación libre e independiente del Rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli. Quedan, en consecuencia, de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exija la justicia e impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas, así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose, por nuestro medio, al cumplimiento y sostén de esta voluntad, bajo el seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama."

Todos los años, al conmemorarse el fausto aniversario, concurren de todos los ámbitos de la República delegaciones estudiantiles, trayendo la palabra de amor y patriotismo de los pueblos hermanos y el saludo más cariñoso al histórico Congreso que rompió para siempre con la Monarquía Española, creyéndose capaz, como lo hizo, de guiarse por sí sola, y mostrarse a la faz del Orbe, soberana de sus destinos.

Biblioteca Nacional de Maestros

FIN DE LAS VELADAS

UN SUCESO INESPERADO

Mientras mi padre me refería algunos de sus viajes durante las *veladas domésticas*, un proceso lento de la Naturaleza se operaba en la vida de nuestro abuelo con caracteres cada vez más alarmantes para la familia: su larga ancianidad, pues ya contaba a la fecha 106 años de edad, duración bastante rara de la existencia humana, no podía augurarnos nada bueno y todas las atenciones del hogar se concentraron en torno de su lecho, que pocas veces abandonaba en los días espléndidos, y no durante algunas horas.

Desde que se notó su visible decadencia física, los primeros ataques y sufrimientos de aquella augusta reliquia de la familia, que había asistido en cuerpo y alma a todos los sucesos de la primera centuria de nuestra Patria, la gloriosa centuria de la emancipación y organización argentina, cesaron las habituales alegrías de *Mi Hogar*, y en consecuencia las *veladas* de costumbre en

Biblioteca Nacional de Maestros

que tanto mi abuelo como mi padre habían bosquejado los principales sucesos y progresos de mi Patria durante un siglo.

Mi hermano Juan Carlos ha descrito el desarrollo fatal de esa cruel ansiedad y expectativa que tuvo como desenlace la muerte de nuestro querido y venerable abuelo[1], pero ha olvidado en su relato un detalle, que yo consigno para terminar el mío.

Poco antes de expirar aquel ejemplar de virtudes cristianas, domésticas y patricias, señalando a su escritorio con la solemnidad majestuosa de sus honorables canas, nos dijo:

"En los cajones de ese antiguo mueble encontraréis, conservado con amor y respeto durante toda mi vida, numerosos objetos que constituyen la heráldica de nuestra nación gloriosa, los que cuentan simbólicamente los grandes acontecimientos y heroísmos de la nacionalidad argentina, y asimismo unas memorias que ha escrito vuestro abuelo explicando cómo hemos llegado a constituir *una nueva y gloriosa Nación* que no reconoce más soberano en el Mundo

[1] Véase el libro *Mi Hogar*, pág. 151.—N. DEL A.

Biblioteca Nacional de Maestros

que la *Constitución* sancionada por voluntad del pueblo argentino.

A[1] ella he ajustado todos los actos de mi vida, y me siento feliz de que haya sido *Mi Ley*.

Cuando yo muera, hijos míos,—mis horas están contadas,—buscad un trozo de mármol celeste y blanco, como la gloriosa enseña del inmortal Belgrano, haced tallar con ella una cruz y colocadla en mi sepulcro con esta inscripción:

Mi Hogar — Mi Patria — Mi Ley

[1] Véase el libro titulado *Mi Ley*.—N. DEL A

Biblioteca Nacional de Maestros

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

	Página
PRÓLOGO	5
Las veladas domésticas	7
Cómo empezó abuelito	9
VELADA PRIMERA. — Habla mi abuelito	11
VELADA SEGUNDA. — Habla mi abuelito	24
VELADA TERCERA. — Continúa hablando mi abuelito	35
VELADA CUARTA. — Habla mi padre	46
VELADA QUINTA. — Continúa hablando abuelito	49
VELADA SEXTA. — Sigue hablando abuelito	56
VELADA SÉPTIMA. — Habla mi padre	66
VELADA OCTAVA. — Continúa hablando abuelito	73
VELADA NOVENA. — Continúa hablando abuelito	83
VELADA DÉCIMA. — El primer punto de abuelito	96
VELADA UNDÉCIMA. — Punto final de abuelito	107
Las veladas de papá	118
VELADA DUODÉCIMA. — Los relatos de papá	120
VELADA DÉCIMOTERCERA. — Los relatos de papá	128
VELADA DÉCIMOCUARTA. — Los relatos de papá	138
VELADA DÉCIMOQUINTA. — Los relatos de papá	150
FIN DE LAS VELADAS. — Un suceso inesperado	164

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

A. Chacón
6198

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros